



«DE LA FE NACE EL MÉTODO»

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD
DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN



RÍMINI 2009

«DE LA FE NACE EL MÉTODO»

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD
DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN



RÍMINI 2009

© 2009 Fraternità di Comunione e Liberazione
Traducción del italiano: Belén de la Vega

En portada: Barna de Siena, *Vocación de San Pedro*. Colegiata de San Gimignano (s. XIV)

Ciudad del Vaticano, 20 de abril de 2009

*Reverendo
Don Julián Carrón
Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación*

Con ocasión de Ejercicios espirituales Fraternidad de Comunión y Liberación sobre tema «De la fe nace el método», Sumo Pontífice dirige a los participantes cordial saludo asegurando Su cercanía espiritual, y mientras desea que tan beneficioso encuentro suscite renovada fidelidad a Cristo y más generosa implicación en la obra evangelizadora, invoca amplia efusión de favores celestiales y de corazón le envía a Usted, a los responsables de la Fraternidad y a todos los participantes una especial bendición apostólica.

Cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad

Viernes 24 de abril, noche

A la entrada y a la salida:

*Wolfgang Amadeus Mozart, Concierto para piano y orquesta n. 23
en la mayor; KV 488*

*Wilhelm Kempff – Ferdinand Leitner – Bamberg Symphony Orchestra
Deutsche Grammophon*

■ INTRODUCCIÓN

Julián Carrón. Cada uno de nosotros sabe el esfuerzo que ha tenido que realizar para estar aquí ahora. Este esfuerzo es la primera expresión de nuestro grito, de nuestra petición a Cristo.

Invoquemos al Espíritu Santo, invoquemos Su ayuda para que lleve a cumplimiento nuestro intento, nuestro grito.

Desciende Santo Espíritu

Damos la bienvenida a todos, y saludamos a nuestros amigos conectados vía satélite: veintitrés países en directo y más adelante cuarenta países en diferido, un total de sesenta y tres. Por primera vez está conectada con nosotros en directo Malta.

Quiero empezar nuestro encuentro dando lectura al telegrama que nos ha enviado el Santo Padre:

«Con ocasión de Ejercicios espirituales Fraternidad de Comunión y Liberación sobre tema “De la fe nace el método”, Sumo Pontífice dirige a los participantes cordial saludo asegurando Su cercanía espiritual, y mientras desea que tan beneficioso encuentro suscite renovada fidelidad a Cristo y más generosa implicación en la obra evangelizadora, invoca amplia efusión de favores celestiales y de corazón le envía a Usted, a los responsables de la Fraternidad y a todos los participantes una especial bendición apostólica. Cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad».

1. «Las circunstancias por las que Dios nos hace pasar constituyen un factor esencial de nuestra vocación, de la misión a la que nos llama; no son un factor secundario. Si el cristianismo es el anuncio de que el Misterio se ha encarnado en un hombre, las circunstancias en las que uno

toma posición ante este hecho frente al mundo entero son importantes para la definición del testimonio»¹.

Todos sabemos muy bien cuáles son las circunstancias que nos han desafiado a lo largo de este año: la crisis económica, el terremoto de los Abruzos, las distintas formas de dolor que nos han hecho reflexionar (sobre todo el asunto de Eluana). También nos ha desafiado ver ante nuestros ojos la decadencia de un mundo que promulga leyes incapaces de defender el bien de la vida o de la familia, el hecho de encontrarnos cada vez más teniendo que vivir nuestra vida “sin patria”, o las circunstancias dramáticas personales y sociales —desde la enfermedad y las dificultades hasta la pérdida del trabajo, cuando no la pérdida de todo, como nuestros amigos de los Abruzos—. Por este motivo, las circunstancias por las que Dios nos hace pasar —nos dice don Giussani— «son un factor esencial y no secundario de nuestra vocación». Por tanto, para nosotros las circunstancias no son neutras, no son cosas que sucedan sin sentido alguno; es decir, no es algo que haya que soportar sin más, que haya que aguantar estoicamente. Son parte de nuestra vocación, de la modalidad con la que Dios, el Misterio bueno, nos llama, nos desafía, nos educa. Para nosotros, estas circunstancias tienen todo el espesor de una llamada, y por tanto, son parte del diálogo de cada uno de nosotros con el Misterio presente.

Como nos decía don Giussani hace quince años en la introducción a los Ejercicios de la Fraternidad de 1994, la vida es un diálogo.

«La vida no es tragedia: la tragedia es lo que hace que todo termine en la nada. La vida es drama: es dramática porque es relación entre el Tú de Dios y nuestro yo; un yo que debe seguir los pasos que Dios señala»². Esta Presencia, este Tú, es el que permite que cambie la circunstancia, porque sin este Tú todo sería nada, todo sería un paso hacia una tragedia cada vez más oscura. Pero, justamente, porque existe este Tú, la circunstancia nos llama a Él, es Él quien nos llama a través de ella, es Él el que nos llama al destino a través de todo lo que sucede. Nosotros no estamos exentos del riesgo que don Giussani señalaba hace años: vivir la vida sucumbiendo a la anestesia total que provoca nuestra sociedad: «El verdadero peligro de nuestra época, decía Teilhard de Chardin, es la pérdida del gusto de vivir. Ahora bien, la pérdida del gusto de vivir implica la ausencia del sentimiento de uno mismo, [...] la pérdida del amor por uno mismo. Sin embargo, hace falta una anestesia total para que un hombre

¹ L. Giussani, *El hombre y su destino*, Encuentro, Madrid 2003, p. 61.

² L. Giussani, *“Il tempo si fa breve”*, Cooperativa Editoriale Nuovo Mondo, Milán 1994, p. 7.

pierda completamente el sentido del apego a sí mismo y, por tanto, una emoción, al menos germinal, por sí mismo, una preocupación por sí mismo; haría falta una anestesia total. El tipo de sociedad en el que vivimos es capaz de producir estas anestésias totales [y nosotros lo sabemos bien, porque en muchas ocasiones estamos adormecidos en nuestro sopor, en nuestra distracción, en la huida de nosotros mismos, en donde este amor por nosotros mismos es lo más lejano que existe; basta con pensar cuándo fue la última vez que tuvimos (y me lo digo en primer lugar a mí mismo) un instante verdadero de ternura hacia nosotros mismos, la última vez que sentimos vibrar dentro de nosotros esa ternura hacia nosotros mismos], y sin embargo, estas anestésias no pueden ser permanentes. Incluso estas anestésias totales, extremadamente difundidas –se trata por tanto de una sociedad caracterizada por una alienación total–, tienen un límite, no pueden ser permanentes, y por esto el sufrimiento [...] no se puede evitar. El sufrimiento [...] indica la suspensión, la ruptura o el final de una anestesia total»³.

A través de las circunstancias, el Misterio quiere volver a despertarnos de esa anestesia, quiere educarnos en la conciencia de nosotros mismos, en nuestra verdad. Nos ha hecho para vivir con una conciencia, no deja que nos dirijamos hacia la nada sin preocuparse de nosotros. Su pasión por nuestra vida es el signo más poderoso de Su ternura hacia nosotros. ¿Cómo nos educa? No lo hace a través de un discurso, ni de una reflexión –que muchas veces no queremos escuchar–, sino mediante la experiencia de la realidad, a través de las circunstancias con las que nos espolea («Pero, ¿no te das cuenta?»). Lo hemos leído en la Escuela de comunidad: «La vida se aprende en concreto, no teóricamente»⁴, y una pizca de realidad vale más que mil palabras. Así pues, amigos, las circunstancias, los sufrimientos y las dificultades nos ponen ante la seriedad de la vida, una seriedad que nosotros, con frecuencia, queremos censurar.

«Normalmente, para todo el mundo es serio en la vida el problema del dinero, es serio el problema de los hijos, es serio el problema del hombre y la mujer, es serio el problema de la salud o de la política; para el mundo todo es serio excepto la vida. No me refiero a la vida natural –la salud es algo serio– sino a “la vida” [habría que escuchar a don Giussani vibrando mientras dice: “la vida”, y entonces percibiríamos la vibración de la pasión que Él tiene por cada uno de nosotros]. Pero,

³ L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, BUR, Milán 2008, pp. 292-293.

⁴ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2007, p. 179.

¿qué es “la vida” además de la salud, del dinero, de la relación entre el hombre y la mujer, de los hijos, del trabajo? ¿Qué es la vida además de todo esto? ¿Qué implica? La vida es todo esto, pero con un fin, con un significado»⁵.

Y las circunstancias nos desafían a descubrir este significado.

2. El verdadero problema, entonces, no es la crisis, no son esas circunstancias más o menos dramáticas que nos tocan de una forma u otra; el problema es cómo afrontamos estas circunstancias, cómo estamos ante ellas. Muchas veces las circunstancias son la ocasión para darnos cuenta de que estamos desconcertados, perdidos. ¿Por qué? «La realidad de la Iglesia, que es el acontecimiento cotidiano en el que se hace presente el Acontecimiento original, se sitúa hoy ante el mundo, no ya olvidando, pero sí dando por supuesto, como cosa obvia –metodológicamente, al menos– el contenido dogmático del cristianismo, su ontología, esto es, sencillamente el acontecimiento de la fe»⁶. A nosotros nos puede pasar lo mismo: que nos pongamos ante las circunstancias no ya olvidando, sino dando por supuesto, por obvio, el acontecimiento de la fe. Y nos encontramos perdidos.

Justo por esta razón, las circunstancias que nos desafían hacen salir a la luz –como vemos en estos días– el recorrido que hemos hecho este año, porque don Giussani nos enseña que en el modo de vivir la circunstancia uno toma posición ante el mundo. Para aquél que ha recibido el anuncio cristiano –«el Misterio se ha encarnado en un hombre»⁷– toda circunstancia es la ocasión para mostrar su posición ante este anuncio, ante este hecho.

En el modo que tenemos de vivir las circunstancias, decimos ante todos quién es Cristo para nosotros. Cada uno puede mirarse a sí mismo, puede sorprenderse en acción, porque todos, de alguna manera, hemos respondido ante estas circunstancias. Todos nos hemos visto obligados a salir a la luz –a nadie se le ha ahorrado esto–, y hemos dicho qué significa para nosotros la vida, qué es Cristo, qué nos importa más que cualquier otra cosa, más allá de nuestras intenciones. Digo más allá de nuestras intenciones porque muchas veces confundimos las intenciones con la realidad. Por lo general, las intenciones son justas, pero luego descubrimos que nos movemos en la realidad según otra lógica. Así

⁵ *Ibidem*, p. 113.

⁶ L. Giussani, *El hombre y su destino*, op. cit., pp. 61-62.

⁷ *Ibidem*, p. 63.

pues, afirmamos cuál es nuestra pertenencia por el modo con el que afrontamos las circunstancias que nos desafían: «Más aún, por cómo tomamos esa postura se comprende si vivimos, y en qué grado, la pertenencia, que es la raíz profunda de toda expresión cultural»⁸. Es decir, nos decimos a nosotros mismos cuál es nuestra cultura, qué y a quién amamos más y tenemos por más querido, por el modo en que afrontamos las circunstancias. Ante los verdaderos desafíos de la vida se pone de manifiesto la consistencia de una posición cultural, su capacidad de mantenerse en pie ante todo, incluso ante el terremoto.

Con respecto a esto, hemos recibido un testimonio impresionante de nuestros amigos de los Abruzos, que nos escribían así en estos días:

«El lunes 6 de abril fue el día del desconcierto total. Lo primero que hicimos fue buscarnos entre nosotros, tratar de localizarnos y hacer recuento. Enseguida nos llenamos de asombro y agradecimiento porque todos estábamos sanos y salvos: éste es el primer gran milagro. Rápidamente se produjo una gran disponibilidad en toda la región para hacerse cargo de las distintas necesidades que nos llegaban. Este intento de abrazar, con toda nuestra inadecuación, a los que sufrían ha sido fundamental, porque, a través de una relación sencilla, hemos empezado a advertir en los “escombros” de nuestra compañía y del pueblo abrucés hechos que, desde luego, no eran escombros. La dinámica de compartir nos ha permitido descubrir espectáculos inesperados e inimaginables de belleza humana, que nos han hecho percibir enseguida una excepcionalidad. Estaba sucediendo algo grande, precisamente en un momento en el que no creíamos que pudiese suceder nada. Entre la gente de la que pensábamos ya saber todo (nuestras comunidades y los evacuados aquilanos) ha surgido una conmovedora e imprevisible autoridad moral, algo a lo que seguir. Nos han impresionado en particular Marco y su mujer Daniela, que el día después del terremoto decidieron establecerse en una autocaravana en L’Aquila. Ayer por la noche nos conmovió Marco cuando nos dijo: “¡Lo que mi corazón desea está presente! ¡El terremoto lo ha hecho presente! Entre los escombros están brotando flores. La flor no es una emoción, es algo presente. Las flores son Gino y Grazia, es mi mujer, las autocaravanas que nos han donado, el Vía Crucis, este ámbito de comunión, o Teresa, que después de haberse ido hace un año y medio, ha vuelto, nos ha abrazado y nos ha dicho: ‘¡Ha sido necesario un terremoto para que yo volviera!’”. La flor es don Eugenio, Ugo, Man-

⁸ *Ibidem.*

lio, los demás de la *birra* y los de Rímini”. Un espectáculo continuo de resurrección después de una semana de pasión. Harían falta muchas páginas para narrar los hechos que hemos visto, porque el terremoto ha hecho salir a la luz toda nuestra pobreza, y nos ha hecho recordar cada vez que hemos esperado en cosas materiales, cosas que ahora el terremoto nos ha arrebatado. Y muchas páginas para contar cómo Jesús se está manifestando resucitado entre nosotros. Se llenan los ojos de lágrimas cuando Él nos visita mostrándose con una belleza incomparable en algunos de nosotros a los que juzgábamos “normales” o incluso una “ruina”. La unidad y la pertenencia a la compañía que se nos ha dado son el otro aspecto del milagro que estamos viendo. ¡Quién habría imaginado ver a algunos de nosotros tomarse al pie de la letra lo que nos decimos! [Aquí, ante circunstancias verdaderamente dramáticas, se ve quién se toma en serio lo que nos decimos]. Ayer Marco, refiriéndose a una conversación entre nosotros, dijo: “Si parto de mí mismo, obtengo uno, si parto de los demás obtengo cinco. No sé por qué, pero funciona. Veo que pertenecer hasta llegar a madurar en la unidad me permite renacer”. La evidencia es que somos igual de inútiles que antes, pero hay Uno que nos mantiene unidos. Estos días nos estamos reuniendo con frecuencia y de distintos modos, no con el deseo de reconstruir las casas o la zona (que pueden volver a derrumbarse en cualquier momento), sino con un deseo nuevo: el de poder gozar de la fascinación de Cristo que reconstruye a Su modo, y no abandonarle. Ahora la tierra continúa temblando y al dolor se añade el miedo. Tenemos la tentación de querer pasar página diciendo: “Esperemos que terminen pronto estas sacudidas, al menos así podremos volver a empezar”, pero Él, al mismo tiempo, está haciendo nuevas todas las cosas. Dice la Escuela de comunidad: “Los enemigos de esta fidelidad a la pertenencia, los enemigos más destacados son la fatiga y el dolor”. Nosotros tocamos estos enemigos con la mano todos los días, y a menudo nos derrotan. Que el Señor nos perdone. Que todos vosotros, junto a Carrón, podáis perdonarnos, dando vuestra vida para que permanezcamos en Cristo».

¿Quién no desea una amistad así? Amigos que piden que demos la vida para que puedan permanecer en Cristo.

Los amigos llegan de todas partes, incluso desde Uganda. Me escribe Rose:

«El jueves después del terremoto, mientras estaba con las cien mujeres del Meeting Point de Kireka, un barrio de Kampala (en el que las

mujeres pican piedras para sacar algo de dinero), les leí el manifiesto del movimiento sobre el terremoto que me habían enviado desde la secretaría de Italia. En lengua acholi me dijeron: “Los afectados son de los nuestros. Tenemos que hacer algo”. Me preguntaron si había alguna manera de ir a ayudarles, de llegar con un autobús. Los periódicos contaban que todavía había personas bajo los escombros, y ellas querían ir a los Abruzos para apartar los escombros y sacar fuera los cuerpos. Les dije que era imposible, porque los Abruzos estaban lejísimos, y que el único medio para llegar allí era el avión. Y ellas: “Tenemos que hacer algo, porque éstos son de los nuestros, por lo menos enviar una ayuda para mostrarles que son de los nuestros, que nos pertenecen”. Una mujer dijo: “Son de la tribu de don Giussani”. Estaban tan afectadas, que cuando me marché me dieron el equivalente a 250 euros, una cifra altísima para ellas. Me pidieron que, si podía, lo hiciera llegar allí cuanto antes, tal vez para pagar a alguien que ayudara a sacar a las personas de los escombros. Ese día no hicimos las actividades habituales –collares, baile, fútbol– porque las mujeres querían recordar. Estuvimos hablando, y cuando comprendieron que los afectados eran italianos, dijeron que eran de la tribu de don Giussani, la nuestra. Ellas se consideran de la tribu de don Giussani, y todavía están reuniendo dinero. A menudo me preguntan por los nuestros, porque ellas no saben bien dónde están los Abruzos, y piensan que toda Italia se ha visto afectada por el terremoto, y por tanto, sus amigos. Ahora quieren escribir una carta. Estoy conmovida, y me doy cuenta de que es verdad que de la fe nace un método. Cuando estás inmerso en el Misterio no puedes dejar de conmoverte al darte cuenta de lo que sucede. Estas mujeres retan mi humanidad con su conmoción. Ellas no se mueven porque el movimiento lo pida o porque hayan recibido un manifiesto: ellas se conmueven, y entonces, se mueven. Si el corazón se deja conmover, la persona se pone en marcha».

¿A quién no le hubiera gustado haber vibrado de esta manera? ¿A quién no le gustaría vibrar así? ¿Quién ha podido evitar, escuchando esto –yo desde luego no–, sentir vergüenza por la distancia ante esta experiencia que nos llega de nuestros amigos del último rincón del mundo?

Rose me ha hecho llegar también una carta de Alice:

«Querida Rose, alguien me abrió los ojos y me hizo descubrir quién soy yo, que mi vida vale porque es amada. Puedo decir que somos la tribu de don Giussani y del Papa, que nos han amado y que sin duda darían y han dado todo por nuestra vida. Nosotros hemos aprendido de

ellos. Los que están sufriendo por el terremoto son de nuestra tribu, y yo les quiero hacer llegar mis sentimientos y mi amor: mi contribución es una señal de esto. Tú sabes, Rose, que una persona que jamás ha experimentado el amor no puede comprender lo que sentimos nosotros por estas personas. Porque el amor es un movimiento del corazón que nadie puede explicar. Las personas que no aman sólo pueden responder de forma mecánica; sin embargo, conmueve que alguien se haya movido por ti y llore por ti como nos ha pasado a nosotros. Dile a esas personas, si puedes, que las amamos y que les pertenecemos. Sentimos su dolor porque es algo que también nosotros hemos sufrido. Que Dios les acompañe en este momento de dificultad, les proteja y les consuele de nuestra parte. Alice»⁹.

Por este motivo, al comienzo de este gesto de los Ejercicios percibimos la urgencia de una conversión. Ante este inicio podemos tener esas dos actitudes, esos dos tipos de actitudes que don Giussani reconocía en aquellos que empezaban a seguir a Jesús:

«Por una parte estaban quienes ya tenían la solución de sus preocupaciones en el bolsillo, o que por lo menos, ya sabían cuáles eran los instrumentos para afrontar el problema del hombre y del pueblo (los escribas y los fariseos), y con ellos toda la gente que participaba del mismo espíritu. Tratad de imaginar cómo escucharían a Jesús: eran como piedras sobre las que caían inútilmente las palabras, o como pedradas que contradecían aquellas palabras, escépticos o con una dialéctica radicalmente opuesta; su actitud era como una piedra que se oponía a aquel discurso, lo contradecía o lo dejaba caer en saco roto. En cambio, tratemos de imaginarnos al resto de la gente, la pobre gente. No “pobre gente” porque fuese pobre –Nicodemo no era pobre, y muchos otros, como apunta el Evangelio, tampoco lo eran–, sino pobres de corazón, que iban a escucharle porque “jamás nadie ha hablado como este hombre”, es decir, porque sus palabras les llegaban, tocaban su afecto, provocaban un afecto hacia ellos mismos, rescataban el sentimiento de su humanidad. Era toda una muchedumbre que le seguía [...] y se olvidaba incluso de comer. ¿Cuál era el primer factor que definía ese fenómeno? ¿“Jesucristo”? ¡No! El primer factor que definía aquel fenómeno era que se trataba de pobre gente que sentía [...] piedad hacia ellos mismos, era gente que tenía hambre y sed –como Él dirá en las “bienaventuranzas”. ¿Qué quiere decir hambre y sed? Tener hambre y sed de “justicia” [...] quiere decir desear el cumplimiento de la propia humanidad. Emergía

⁹ *Meeting Point* de Kireka, barrio de Kampala.

en ellos el sentimiento verdadero de su propia humanidad. [...] Uno, para desear, para tener hambre y sed del cumplimiento de su propia humanidad, debe caer en la cuenta de sí mismo, debe sentir su propia humanidad»¹⁰.

Comencemos estos Ejercicios con la conciencia de nuestra necesidad. Hagámoslo conscientes de nuestra necesidad: abiertos, por esta coincidencia con nosotros mismos y con nuestra necesidad, a todo cuanto nuestro gesto implica. Porque el sacrificio necesario para construir este gesto es como una petición: desde el silencio a las incomodidades debidas a los desplazamientos, todo forma parte de nuestro grito, de nuestra pobreza que pide al Señor que tenga piedad de nosotros.

SANTA MISA

HOMILÍA DE DON MICHELE BERCHI

Hoy como hace dos mil años, participamos del mismo acontecimiento que relata el Evangelio que acabamos de leer. El mismo acontecimiento pero, si cabe, más grande, más verdadero. Y hoy, como hace dos mil años, Jesús nos reta: ¿dónde podemos comprar el pan para que todos estos tengan qué comer? Jesús trastoca todos nuestros cálculos, va más allá de todo lo que podemos imaginar, desafía toda nuestra dureza de corazón, toda nuestra apatía, toda nuestra falta de esperanza.

Hoy como hace dos mil años, Jesús, en estos tres días, en todos los días de nuestra vida, nos reta, y este reto manifiesta la ternura de Dios hacia nosotros para que se rompan nuestras medidas, para que nuestra medida se convierta en Su medida. Poder participar del milagro de Su Presencia es algo mucho más grande que la multiplicación de los panes.

Que nuestra vida, nuestra nada, pueda ser instrumento de esta Presencia desbordante. Se lo pedimos a la Virgen para estos tres días y para todos los días de nuestra vida: Señor, que nuestra nada sirva a tu Presencia en el mundo.

¹⁰ L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., pp. 293-294.

Sábado 25 de abril, mañana

A la entrada y a la salida:

Wolfgang Amadeus Mozart, Sinfonía n. 38 en re mayor, K504 "Praga",

Wiener Philharmoniker – Karl Böhm

Deutsche Grammophon

Don Pino. ¿Qué es la vida? La vida es un diálogo, no es una tragedia. La tragedia es lo que hace que todo termine en la nada. La vida es dramática porque es relación entre el Tú de Dios y nuestro yo; un yo que debe seguir los pasos que Dios señala.

Angelus

Laudes

■ PRIMERA MEDITACIÓN

Julián Carrón

**«Nosotros creemos y sabemos
que tú eres el Santo consagrado por Dios»**

(Jn 6,69)

1. «El desmoronamiento de antiguas certidumbres religiosas»

a) La escisión entre saber y creer

El contexto en el que nos encontramos a la hora de afrontar los desafíos de los que hablábamos ayer por la noche es el del hundimiento de las antiguas certidumbres religiosas.

En su libro *Fe, verdad y tolerancia*, el entonces cardenal Ratzinger refiere un episodio –narrado por Werner Heisenberg– muy significativo, ocurrido en Bruselas en el ámbito de una discusión entre científicos.

«Durante la conversación se dijo que Einstein hablaba con frecuencia de Dios, y que Max Planck sostenían la opinión de que no había contradicción alguna entre las Ciencias Naturales y la religión [...]. Según Heisenberg, el fundamento de esta apertura sería la concepción de que las Ciencias Naturales y la religión eran dos esferas completamente distintas, que no se hallaban en competencia la una con la otra. En las

Ciencias Naturales se trataba de saber lo que era verdadero o falso; la religión se ocupaba del bien y del mal, de lo que tenía valor y de lo que carecía de él. [...] “Las Ciencias Naturales son en cierto modo la manera en que nosotros nos situamos ante la faceta objetiva de la realidad... La fe religiosa es, por el contrario, la expresión de una decisión subjetiva, por la cual fijamos para nosotros los valores según los cuales nos vamos a regir en la vida”. [...] En este lugar añade Heisenberg: “Debo confesar que no me siento a gusto con esta separación. Dudo que las sociedades humanas puedan vivir a la larga con esa estricta escisión entre el saber y el creer”. Entonces Wolfgang Pauli toma el hilo de la conversación y refuerza la duda de Heisenberg, la eleva precisamente a la categoría de certeza: “La completa separación entre el saber y el creer no es seguramente sino un recurso de emergencia para un tiempo muy limitado. Por ejemplo, en el ámbito cultural de Occidente podría llegar el momento, en un futuro no muy lejano, en el que las metáforas e imágenes de la religión actual no poseyeran ya fuerza convincente, ni siquiera para el pueblo sencillo; me temo que entonces, en brevísimo tiempo, se derrumbará también la ética y sucederán cosas tan espantosas como no podemos imaginar todavía”¹¹.

Esto ocurría en 1927. Todos conocemos lo que sucedió después. Sigue Ratzinger:

«En el nuevo resurgir después de la guerra, se hallaba viva la confianza de que tal cosa no podría volver a ocurrir nunca jamás. La Constitución de la República Federal de Alemania, adoptada entonces con “responsabilidad ante Dios”, quería ser expresión de la sujeción del derecho y de la política a los grandes imperativos morales de la fe bíblica. La confianza de entonces palidece hoy en medio de la crisis moral de la humanidad, que adquiere formas nuevas y acosadoras. El desmoronamiento de antiguas certidumbres religiosas, que hace setenta años parecía que todavía se mantenían en pie, ha llegado entretanto a hacerse realidad en muchas partes» (y esto lo decía hace quince años; imaginaos ahora...)¹².

Esta es la situación en la que debemos afrontar los desafíos de la realidad: el hundimiento de las certidumbres religiosas. Pero esta separación entre saber y creer tiene un origen todavía más lejano:

«La Ilustración había escrito como lema en su escudo: “La religión dentro de los límites de la mera razón”. Pero esa religión puramente

¹¹ J. Ratzinger, *Fe, verdad y tolerancia*, Sígueme, Salamanca 2005, pp. 123-124.

¹² *Ibidem*, pp. 124-125.

racional se hizo pedazos muy pronto y, sobre todo, no tenía en sí vigor alguno que sustentara la vida. [...] Y así, después de la Ilustración, [...] se buscó un nuevo espacio para la religión [...]. Por eso, a esta religión se le asignó el “sentimiento” como su parcela propia dentro de la existencia humana. Schleiermacher fue el gran teórico de este nuevo concepto de la religión; nos ofrece la siguiente definición: “La praxis es arte, la especulación es ciencia, la religión es sentido de lo infinito y gusto por él”. Ha llegado a ser clásica la respuesta de Fausto a la pregunta de Margarita acerca de la religión: “El sentimiento lo es todo. El nombre es sonido y humo...”¹³.

La separación clara entre saber y creer, entre conocimiento y fe, es una síntesis de las decisiones que atraviesan y caracterizan la época moderna. Tal separación define —como hemos visto—, por una parte, una esfera del saber en la que domina una concepción racionalista de la razón (una razón como «medida de lo real»¹⁴, la llamaba don Giussani), que no tiene nada que ver con la cuestión del significado último de la vida, con el Misterio y con la fe; y, por otra parte y de forma equivalente, una esfera del creer entendido como el ámbito de lo no racional, del sentimiento, de las decisiones subjetivas sobre los valores. En este ámbito se arrincona el fenómeno religioso. Creer, por tanto, se halla en drástica oposición a un saber concebido de forma racionalista.

b) «Arrancar del hombre la hipótesis de la fe cristiana»

Pero existe todavía otra cosa que es crucial para nosotros. Junto a esta reducción de la experiencia religiosa a la esfera del sentimiento, se produce otra, más insidiosa aún, denunciada muchas veces por don Giussani: la reducción de la fe cristiana («reconocer como verdadero lo que una Presencia histórica dice de sí misma»¹⁵) a la dinámica del sentimiento religioso y de la religiosidad («exigencia de totalidad constitutiva de nuestra razón que está presente en cada acto»¹⁶). «Para el hombre moderno la “fe” no es generalmente más que un aspecto de la “religiosidad”, un tipo de sentimiento con el que vivir la inquieta búsqueda de su origen y su destino, lo que es precisamente el elemento más sugerente de toda “religión”. La entera conciencia moderna se agita para arrancar del hombre la hipótesis de la fe cristiana y para reducir ésta a la dinámi-

¹³ *Ibidem*, p. 126.

¹⁴ L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 1998, p. 197.

¹⁵ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 30.

¹⁶ *Ibidem*, p. 29.

ca del sentido religioso y al concepto de religiosidad, y esta confusión penetra también por desgracia en la mentalidad del pueblo cristiano»¹⁷.

Este desarraigo de la hipótesis cristiana se ve muy bien en el hecho de que la mayoría del pueblo cristiano afronta la realidad sin tener en los ojos la tradición cristiana, es decir, sin vivir plenamente la memoria. Dicha tradición ya no es el criterio con el que entrar en la realidad, ya no es el punto de partida. Hace poco me sorprendía al escuchar de nuevo en la liturgia el relato de la Creación. Lo habré escuchado un montón de veces, pero me volvía a impresionar cómo la Iglesia acompaña y educa a las personas. Sin embargo esto está desapareciendo ahora. Lo hemos podido ver en muchas ocasiones durante este año: lo que antes era normal –personas que percibían la existencia de un rostro bueno en el origen de la realidad, de un Padre– se ha convertido casi en una excepción.

Precisamente en este contexto podemos comprender el alcance inmenso del trabajo de don Giussani, que aceptó el desafío de esta concepción que hemos descrito. El movimiento nació respondiendo a este desafío desde la primera clase de religión en el Berchet, cuando un estudiante le dijo que fe y razón no tenían nada que ver la una con la otra. Don Giussani nunca aceptó la reducción de la fe a sentimiento, ni de la razón a medida, y esto ha generado una modalidad de vivir la experiencia cristiana que ha hecho que ésta se vuelve interesante para nosotros, cuando la hemos conocido. Esta tradición, que en muchos ha desaparecido, se ha vuelto interesante de nuevo para nosotros gracias al encuentro cristiano con el movimiento. Si no hubiera sido así, también nosotros estaríamos perdidos, como muchos de nuestros contemporáneos.

2. Un desmoronamiento que nos afecta

Como nos ha enseñado siempre don Giussani, uno no puede vivir dentro de una situación sin verse influido por ella. Por eso nosotros mismos reaccionamos muchas veces como todos los demás. ¿En qué se percibe esto?

La realidad es el lugar de la verificación de la fe. En todos los asuntos que hemos afrontado este año, el punto crucial y dramático que se ha puesto de manifiesto continuamente es la cuestión de la fe, y el nexo entre la fe y la esperanza. El trabajo sobre el capítulo de la esperanza¹⁸

¹⁷ *Ibidem*, p. 30.

¹⁸ Cfr. L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., pp. 133-186.

ha revelado una fragilidad con respecto a la fe, que emerge en primer lugar como una dificultad para mirar la propia experiencia, una debilidad del juicio, una reticencia a la hora de llevar a cabo el recorrido del conocimiento que exigen ciertos acontecimientos y ciertos hechos que nos impresionan profundamente. Hay muchísimos ejemplos que lo testimonian. Voy a leeros la carta que me ha escrito uno de vosotros:

«La Escuela de comunidad sobre la esperanza ha entrado en mi vida como un vendaval. Hasta antes de Navidad la vida marchaba bien. Hacía más de un año que me había casado. En abril nació mi primera hija, que es preciosa; tengo un trabajo que me apasiona; ayudaba a los profesores en GS, hacía muchísimas cosas. Pero antes de Navidad sucedió algo [y me cuenta una situación que le descolocó]. Dominaban en mí la insatisfacción y la tristeza. Me preguntaba: ¿para qué gasto mi vida cada día? Y me venían a la mente tus palabras, cuando dices que nuestra fe tiene fecha de caducidad. Después de algunos años siendo un perfecto seguidor del movimiento, me encontraba con una fe vacilante, que no se apoyaba en nada. El futuro se presentaba nebuloso ante mí».

Y esto lo decimos después de haber estado todos ante una propuesta. El año pasado recorrimos un camino en la Escuela de comunidad, y también en los Ejercicios: la fe como método de conocimiento. Soy testigo de que muchos de vosotros habéis trabajado con seriedad; pero cuando la realidad aprieta, lo que domina es lo que acabamos de escuchar: todo se desvanece. Como decía Franco Nembrini, recogiendo las intervenciones que habían llegado con ocasión de mi encuentro con los profesores: «Existe un aluvión de bien, de verdad, de iniciativas, incluso de certezas. Muchísimos de estos relatos hablan de un milagro presente (y no se trata de gente que vea visiones); pero es como si les aquejase una incertidumbre última [...]. Como si a la mañana siguiente pudiésemos levantarnos y la imponentia de la experiencia que hemos vivido se evaporase, pudiese esfumarse»¹⁹.

De ese modo prevalece la confusión, como si todo el recorrido que hemos hecho sobre la fe como método de conocimiento desapareciese de golpe. Esto, amigos, nos hace ser conscientes del largo camino que aún debemos recorrer, y nos muestra que nos encontramos en la misma situación que todos. Entonces podemos llevar a cabo tres graves reducciones:

¹⁹ J. Carrón, «¿Qué nos introduce verdaderamente en la realidad? Un hecho presente», encuentro de don Julián Carrón con los profesores de Comunión y Liberación en Milán, 15 de marzo de 2009, que se puede consultar en www.tracce.it.

a) Reducción de la fe a sentido religioso

En primer lugar, la reducción de la fe a sentido religioso. Reducimos muchas veces el cristianismo a sentido religioso. Esto se traduce en nuestra vida cotidiana en el hecho de que la fe se vive como una de las muchas hipótesis que podemos formular para afrontar una situación, como si no hubiese sucedido nada y empezásemos siempre de cero: yo, con mi sentido religioso, tratando de construir a tientas el nexo con este desconocido. ¿En qué se ve esto? Podría contar un episodio tras otro: se ve por ejemplo en que el punto de partida para afrontar el día no es algo que conocamos con certeza, porque en el fondo este algo no nos parece tan real como para tomarlo en serio. Nos sorprendemos de que esta hipótesis ni siquiera se nos venga a la cabeza: se nos ocurre cualquier posibilidad menos la fe. ¿Por qué? Porque fe no equivale a conocimiento verdadero. He aquí el “desmoronamiento de las antiguas seguridades”. Cualquier cosa nos parece más real que la Presencia que la fe reconoce. La incertidumbre y la fragilidad son las consecuencias inevitables de la separación entre conocimiento y fe. Entonces, en vez de partir de una Presencia que hemos encontrado y amado, partimos de una ausencia, de lo desconocido. ¡Qué diferencia con aquellos para los que la fe es conocimiento verdadero, es conocimiento de algo real! Don Giussani afirma que «el primer gesto de piedad hacia ti mismo, la primera expresión del amor a tu origen, a tu camino y tu destino [...] es [...] confesar a este Otro [que has reconocido en la fe]»²⁰. Este es el primer gesto de piedad, mucho antes que cualquier coherencia.

Y esto se aprecia bien cuando partimos de algo que conocemos con certeza. Como me escribe esta chica:

«Suceden muchas cosas: cosas bonitas, que me conmueven, y cosas menos bonitas, dolorosas, que en cambio me hieren. Pero yo tengo entre mis manos un tesoro increíble, porque tengo la posibilidad de mirar todo, de entrar en todo. Sobre todo de mirar, que no se puede dar por descontado, de mirar todo de una forma distinta, que te permite respirar de forma distinta al resto del mundo».

Una *nota bene*: constatamos que se produce esta reducción, y esto no nos impide seguir usando las palabras cristianas o frecuentando ciertos gestos cristianos. Pero es como si todo adquiriese un significado distinto.

b) Reducción de la fe a sentimiento

En segundo lugar, la reducción de la fe a sentimiento. También entre

²⁰ L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., p. 270.

nosotros puede afirmarse esta concepción sentimental o emocional de la fe, en la que creer, en vez de ser el reconocimiento de la Presencia que hemos encontrado, se convierte en un “salto”, en un acto irracional, un acto de la voluntad sin fundamento alguno, en el que, al final, es la fe la que genera el hecho y no al contrario. Rudolf Bultmann –el exegeta que decía que es la fe la que genera el hecho cristiano– no está tan lejos de nuestra vida. ¡Fijaos qué inversión se ha producido! En una concepción sentimental de la fe, la fuerza del sentimiento y la «voluntad de verdad»²¹ –¡hasta dónde hemos llegado!– son las que crean su objeto. Como escribió un estudiante de izquierdas bajo un manifiesto de nuestros amigos universitarios: «Lo que decís, ¿es una evidencia o un credo vuestro?». Con frecuencia para nosotros no se trata de conocimiento verdadero, sino de un credo: la fe pertenecería a una creencia que no tiene nada que ver con el conocimiento, con el uso de la razón. ¡Exactamente la primera objeción a la que se enfrentó don Giussani en su primera clase de religión! ¡Esto está en las antípodas de la fe como método de conocimiento! Entonces cuando se habla de Cristo, del objeto de la fe, no se habla de realidad, y por tanto no está implicada la razón, y por eso no nos viene a la cabeza a la hora de afrontar el desafío de la vida. No consideramos como real el contenido de la fe: la fe se ve reducida a sentimiento.

c) Reducción del cristianismo a ética o cultura

Finalmente, la reducción de la fe a ética. Lo que queda son algunos valores de la cultura cristiana o algunas reglas de la ética cristiana. Este año nos hemos sorprendido muchas veces defendiendo estos valores, pero sin sentir la necesidad de hablar de Él, de la Presencia reconocida y amada. Defendemos la vida, pero, ¿quién de nosotros sería capaz de estar ante un drama como el de Eluana simplemente defendiendo la vida? ¿Quién de nosotros podría, si no existiese la compañía de Uno que está presente, que es reconocido y amado? Si no existiese la “caricia del Nazareno”, ¿quién sería capaz de mantenerse en pie ante un drama semejante? Si no existe esa Presencia, somos los primeros en caer. Nosotros respiramos –dentro y fuera de la Iglesia– esta reducción, la fe queda reducida a una determinada visión del mundo y de la vida, a una moral o a un conjunto de valores que, como tal, puede ser estimado o combatido: hay quien lo apoya, como los cristianos o ciertos laicos, y quien lo combate en nombre del principio de autodeterminación radical del individuo.

²¹ E. Severino, *La buona fede*, Rizzoli, Milán 1999, p. 120.

El cristianismo de los valores es una tentación que no nos es ajena. Es lo que don Giussani denunciaba ya en 1982, cuando decía con amargura a los responsables de los universitarios que era «como si el movimiento de Comunión y Liberación, desde los años 70 en adelante, hubiese trabajado, construido y luchado sobre los valores que Cristo ha traído, mientras que el hecho de Cristo [...] “hubiese caminado por una vía paralela”»²². Pero un cristianismo así no basta para sostener la vida, y en cuanto la vida se complica, la incertidumbre gana la partida.

3. La irreductibilidad de un hecho

Se preguntaba Ratzinger:

«¿Por qué la fe sigue teniendo hoy día una oportunidad [también en nosotros]? Yo diría: porque la fe corresponde a la naturaleza del hombre. [...] En el hombre vive inextinguiblemente el anhelo de lo infinito. Ninguna de las respuestas que ha intentado darse resulta suficiente. Tan sólo el Dios que se hizo –él mismo– finito, a fin de romper nuestra finitud y conducirnos a la amplitud de su propia infinitud, responde a la pregunta de nuestro ser. Por eso, también hoy día la fe volverá a encontrar al hombre»²³.

¿Por qué estas reducciones no nos han derrotado? Lo sabemos bien: porque el Hecho que hemos encontrado es –gracias a Dios, literalmente– absolutamente irreductible. No somos capaces de eliminarlo. Nos hallamos hoy ante un hecho absolutamente irreductible –¡no en el pasado, hoy!–, un hecho lleno de testigos, y este es el signo más evidente de que el Misterio se apiada continuamente de nosotros.

Hay un pasaje en *¿Se puede vivir así?* –conocido por todos– que tiene un valor inmenso, pues en él se aprecia la originalidad y la racionalidad de la fe, la diferencia entre ella y el sentido religioso, entre la fe y una creencia que se opone al conocimiento:

«¿Cuál es la primera característica de la fe en Cristo? ¿Cuál fue, para Andrés y Juan, la primera característica de la fe que tuvieron en Jesús? [...] ¡La primera característica es que se trata de un hecho! ¿Cuál es la primera característica del conocimiento? Es el impacto de la conciencia con una realidad»²⁴.

²² L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., p. 56.

²³ J. Ratzinger, *Fe, verdad y tolerancia*, op. cit., p. 121.

²⁴ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., pp. 43-44.

Porque hay un hecho que nos desafía continuamente, estamos aquí de nuevo este año: por el presentimiento de una correspondencia que no podemos eliminar de nuestra vida y que surge siempre que nos topamos con una humanidad diferente:

«El acontecimiento de Cristo se presenta “ahora” bajo el fenómeno de una humanidad diferente: un hombre se topa con este fenómeno y descubre en él un presentimiento nuevo de vida [...]. Este toparse de la persona con una presencia humana diferente es algo *sencilísimo*, absolutamente elemental, que *se da antes* que nada, antes de cualquier catequesis, reflexión o desarrollo: es algo que no requiere explicación alguna, *sólo ser visto*, interceptado, algo que suscita asombro, provoca emoción, constituye una llamada; que nos empuja a que lo sigamos gracias a que corresponde a la expectativa estructural del corazón»²⁵.

Sin esta contemporaneidad de Su Presencia manifestada en el fenómeno de una humanidad diferente, no sería posible la fe cristiana. Y la contemporaneidad de Cristo hoy es este hecho de humanidad distinta –que muchos de vosotros me testimoniáis–, un hecho que desafía mi razón y mi libertad.

Pero, si resulta tan claro este testimonio, si estamos rodeados de una cantidad tan grande de testigos, ¿cómo es posible que después de algún tiempo estemos de nuevo perdidos, atrapados en nuestros sentimientos, ahogados en la circunstancia?

Lo que falta hoy entre nosotros no es la Presencia (¡estamos rodeados de signos, de testigos!); falta lo humano. Si la humanidad no se pone en juego, el camino del conocimiento se detiene. Amigos, no falta la Presencia, falta el itinerario de la fe, falta que nos decidamos a hacer todo el recorrido de la fe tal y como se nos ha anunciado, porque nosotros no podemos salir de esta situación, de este contexto en el que vivimos la fe (que incide en nosotros mucho más de lo que nos imaginamos) de forma automática, calentando la silla sin más, sin hacer un trabajo. «Es una esclavitud de la que no vamos a liberarnos automáticamente; sólo nos podemos liberar mediante una ascesis [...]: la ascesis es una aplicación que el hombre hace de sus energías en un trabajo sobre sí mismo, sobre su propia inteligencia y su propia voluntad»²⁶.

La experiencia que hemos tenido en estos años nos hace conscientes de que no basta con repetir ciertas frases de don Giussani –reduciendo de esta forma su persona a un catálogo de discursos– o con participar

²⁵ L. Giussani, «Algo que se da antes», *Huellas-Litterae Communionis*, noviembre 2008, pp. 1-2.

²⁶ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 127.

en momentos bonitos. Es necesario comprometerse seriamente en un camino, en un trabajo; el desafío ante el que nos encontramos es tomar en serio la propuesta que nos ha dirigido don Giussani. ¡Dejemos ya de tomarnos el pelo! Pocos lugares en la Iglesia de Dios han tenido el valor de aceptar el desafío de los tiempos modernos como ha hecho la experiencia nacida de don Giussani. Pero muchas veces nosotros la reducimos a una serie de iniciativas, a participar en ciertos gestos sin hacer un camino humano, es decir, un camino de la razón y de la libertad: nos lo hemos tomado un poco a la ligera, casi como si no fuésemos verdaderamente conscientes de la situación dramática en la que nos encontramos, que requiere sin embargo todo el compromiso de nuestra persona para llevar a cabo una verificación. Don Giussani nos lo había predicho ya hace muchos años:

«Si el movimiento no es una aventura para cada uno y no es el fenómeno de un ensancharse del corazón, entonces se convierte en el partido [...] que puede estar cargado de proyectos, pero donde la persona está destinada a permanecer cada vez más sola [¡juntos, pero solos!] y trágicamente definida por el individualismo»²⁷.

Pero, ¿cuál es el recorrido, la aventura que nos falta?

a) Recorrido de la fe

Quiero subrayar dos aspectos del recorrido de la fe que considero decisivos.

1) Correspondencia

La primera dificultad que percibo es que nos falta la conciencia de lo que llamamos “correspondencia”, que es la palabra más confusa de todo el vocabulario del movimiento. Don Giussani advierte que «el motivo por el que la gente ya no cree o cree sin creer (reduce el creer a una participación formal, ritualista, a un conjunto de gestos, o bien a un moralismo) es porque no vive su propia humanidad [falta lo humano], no está comprometida con su propia humanidad, con su sensibilidad, con su conciencia y, por tanto, con su propia humanidad»²⁸. «Es decir, la condición necesaria para que podamos estar vigilantes y reconocer a Cristo cuando sale a nuestro encuentro es el compromiso con nuestro camino humano»²⁹.

²⁷ L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., p. 204.

²⁸ L. Giussani, *Vivendo nella carne*, BUR, Milán 1998, p. 66.

²⁹ *Ibidem*, p. 65.

El resultado de la falta de compromiso de nuestra humanidad es descrito por don Giussani en una intervención que tuvo lugar en Chieti en noviembre de 1985: «En el clima moderno, nosotros los cristianos nos hemos separado no de las fórmulas cristianas directamente, no de los ritos cristianos directamente, no directamente de los Diez Mandamientos. Nos hemos separado del fundamento humano, del sentido religioso [de nuestra humanidad]. Tenemos una fe que ya no es religiosidad. Vivimos una fe que ya no responde como debería al sentimiento religioso; tenemos por tanto una fe no consciente, una fe que ya no tiene inteligencia de sí misma. Decía un viejo autor, Reinhold Niebuhr: “Nada es tan increíble como la respuesta a un problema que no se ha planteado”. Cristo es la respuesta al problema, a la sed y al hambre que el hombre tiene de la verdad, de la felicidad, de la belleza y del amor, de la justicia, del significado último. Si esto no está despierto en nosotros, si esta exigencia no es educada en nosotros, ¿qué puede hacer Cristo? Es decir, ¿para qué sirven la misa, la confesión, las oraciones, la catequesis, la Iglesia, los curas, el Papa? Dependiendo de las zonas del planeta, estas cosas son tratadas todavía con un cierto respeto, se conservan durante un cierto periodo de tiempo por la inercia, pero ya no son respuestas a una pregunta y, por tanto, no sobrevivirán mucho tiempo [tienen fecha de caducidad, como hemos dicho]. [...] De esta forma el cristianismo se ha convertido en Palabra, en palabras»³⁰. Charlatanería...

Hace ya muchos años, Ratzinger percibió la importancia de este asunto: «La crisis del anuncio cristiano, que crece desde hace un siglo, depende en no poca medida del hecho de que las respuestas cristianas dejaron a un lado las preguntas de los hombres; eran y siguen siendo correctas, pero ineficaces. De ahí que el preguntarse junto a los hombres que buscan sea una parte irrenunciable del anuncio mismo, porque sólo entonces la palabra (*Wort*) se puede convertir en respuesta (*Ant-wort*)»³¹.

Esta es la decisión que cada uno de nosotros debe tomar: o participar en la aventura del conocimiento, tomando en serio las propias exigencias humanas, o repetir un discurso aprendido, llevando a cabo gestos formales y organizativos. Por eso don Giussani nos ha invitado siempre a tomarnos en serio nuestra humanidad, es decir, el afecto a nosotros mismos:

³⁰ L. Giussani, «La coscienza religiosa nell'uomo moderno», Centro Culturale “Jacques Maritain”, pro manuscripto, Chieti 1986, p. 15.

³¹ J. Ratzinger, *Dogma e predicazione*, Queriniana, Brescia 2005, p. 75.

«La primera condición para que el movimiento sea un acontecimiento para mí, para que sea un fenómeno imponente, la primera condición es precisamente el sentimiento de la propia humanidad [...]: el “amor a uno mismo”»³². ¿Qué significa este amor a uno mismo? No se trata de un sentimentalismo: «El amor a uno mismo nos reconduce al descubrimiento de las exigencias constitutivas, de las necesidades originales, en su desnudez y amplitud [...]: una espera sin límite. [...] En esto consiste la originalidad del hombre; la originalidad del hombre es la espera del infinito»³³.

Pero lo que falta muchas veces entre nosotros es el sentido del Misterio. Como falta este sentido del Misterio, parece que todo nos “corresponde” porque es lo mismo una cosa que otra. «Este es el problema de los modernos: no tienen el sentido del misterio»³⁴. Esto es lo que falta muchas veces cuando hablamos entre nosotros. No falta Él, falta el sentido del Misterio. Por eso siempre me acuerdo de la frase de Gilbert Chesterton: «Los sabios –se dice– no ven respuesta al enigma de la razón. Lo malo no es que los sabios no vean la respuesta, sino que no ven el enigma»³⁵, no perciben el enigma, no perciben el Misterio. Por eso Martin Heidegger decía que «ninguna época ha sabido tan poco sobre el hombre como la nuestra»³⁶. Hasta tal punto que todo se reduce al sentimiento de placer o de malestar. Mirad lo que decía Immanuel Kant (casi podemos reconocernos en sus palabras): «Dónde haya de poner cada cual su felicidad, depende en cada uno de su particular sentimiento de placer y dolor [...]; y en consecuencia una ley *subjetivamente necesaria* (como ley natural) es *objetivamente* un principio práctico muy *contingente* que puede y debe ser muy diferente en sujetos distintos y por lo tanto nunca puede producir una ley»³⁷. El criterio de juicio es absolutamente subjetivo, y por eso la palabra “correspondencia” (que aquí está reducida a lo que conviene a este sentimiento subjetivo) es manipulada por cada uno, por la elección de cada uno.

Por eso os leo lo que dice don Giussani en *Si può (veramente?!) vivere così?* con respecto a la experiencia de la correspondencia, porque me ha impresionado mucho volver a leerlo:

«El contenido de la experiencia es la realidad. Un hombre está enamorado de una chica: esto es un hecho, es un fenómeno. Un poeta está

³² L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., p. 294.

³³ *Ibidem*, pp. 297-298.

³⁴ B. Marshall, *Tutta la gloria nel profondo*, Jaca Book, Milán 2002, p. 149.

³⁵ G.K. Chesterton, *Ortodossia*, Martello, Milán 1988, p. 49.

³⁶ M. Heidegger, *Kant e il problema della metafisica*, Laterza, Roma/Bari 1981, p. 181.

³⁷ I. Kant, *Crítica de la razón práctica*, Losada, Buenos Aires 2003, pp. 22-23.

dando una vuelta con las manos en los bolsillos y ve este hecho. Este hecho entra en el horizonte de su mirada, es decir, entra dentro del ámbito de su conocimiento. Como es un fenómeno real, se convierte en objeto de conocimiento. Este es el inicio del fenómeno, pero no es todo. Ante ese objeto de conocimiento, los ojos del poeta brillan de curiosidad, de simpatía, de aprobación, porque en ese fenómeno ve algo que le gustaría vivir también a él, mientras que, como es un pequeño poeta de quince años, todavía no lo vive. Siente una nostalgia: siente, es decir, reacciona con un sentimiento de envidia y con un deseo de poseer también él ese fenómeno»³⁸.

Aquí debería detenerme y preguntaros: ¿es esto experiencia? ¿Es esto correspondencia? Apuesto a que la mayoría respondería que sí: siento una nostalgia, siento una curiosidad, siento una simpatía, por tanto me corresponde. Y esta es la justificación que necesitábamos para ir detrás de cualquier cosa, para justificar cualquier tipo de naturalismo (ir hasta el fondo de nuestras propias nostalgias sentimentales) en nombre de la correspondencia, para justificar también entre nosotros cualquier estupidez en nombre de la correspondencia. Para nosotros correspondencia es a menudo sinónimo de deseo de poseer. Pero fijaos cómo prosigue don Giussani:

«Hasta aquí no es experiencia, sino algo que se siente. [...] “¿Es satisfacción real? ¿Hay respuesta verdadera a mi necesidad? ¿Es felicidad? ¿Es verdad y felicidad?”. Estas son exigencias que no nacen en aquello que siente, sino que nacen en él ante aquello que siente, que nacen en él cuando se compromete con lo que siente. Estas preguntas juzgan lo que siente»³⁹. ¡Esto sí que es correspondencia! «Aquí se convierte en experiencia el puro y mero sentir. [...] Se vuelve experiencia cuando el sentimiento a su vez es juzgado por los criterios del corazón: entonces se ve si es verdadero, si es en verdad bello, si es en verdad bueno, si es en verdad feliz. En base a esas exigencias últimas del corazón, a esos criterios últimos del corazón, el hombre gobierna su vida»⁴⁰. Si no hace esto, ¡se trata de un mocoso que sigue lo que siente sin juzgarlo! Por eso, confundir el sentimiento con la correspondencia es lo que nos impide, al final, reconocer cuál es la correspondencia que ofrece Cristo. No es sólo que me equivoque continuamente –que ya sería mucho–, sino que no comprendo cuál es la novedad que Cristo in-

³⁸ L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, BUR, Milán 1996, p. 81.

³⁹ *Ibidem*, pp. 81-82.

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 82-83.

trouduce. Por eso pensamos que no vemos la respuesta, pero en realidad no vemos el enigma. «Se comprende una respuesta sólo en la medida en que uno siente la pregunta dentro de sí»⁴¹. Sólo así se comprende la respuesta. Por eso nada es más increíble que la respuesta que se ofrece a un problema que no se ha planteado. Y enseguida te das cuenta cuándo una persona tiene una humanidad así, cuándo falta lo humano y cuándo no. Siempre recuerdo el ejemplo de Cleuza, que un instante después de haber escuchado que hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados –lo habíamos escuchado los setecientos que estábamos allí– experimentó enseguida la correspondencia imposible. «Podemos volver a casa», le dijo a Marcos. ¿Por qué comprendió? ¿Por qué? ¡Porque sentía el enigma mucho más que la mayoría de nosotros, sabios, que estábamos allí!, ¡mucho más! ¿En qué se ha visto que había comprendido, es decir, que para ella la fe era conocimiento? En la forma en que se ha puesto en juego en la realidad ante todo, mucho más a fondo que todos. El juicio sobre el carácter excepcional de Cristo, sobre la correspondencia imposible, sólo es posible para quien tiene una humanidad así. Si falta la humanidad, aunque tuviésemos ante nosotros la Presencia, la dejaríamos a un lado por cualquier satisfacción barata. Y entonces la fe no es conocimiento para nosotros, y acabamos perdidos como todos. En el fondo no entendemos: nosotros, que somos los sabios, no entendemos absolutamente nada.

2) *¿Quién es éste?*

El segundo punto sobre el que quería detenerme, después de la correspondencia, es que éste es el inicio de un recorrido que culmina en la pregunta: ¿Quién es éste que me corresponde de esta forma? Estamos rodeados, como decíamos antes, de hechos excepcionales, que hacen surgir en nosotros una pregunta. Pero con frecuencia no hacemos este recorrido, y estamos allí, como los judíos, en suspenso. «Los judíos, rodeándolo, le preguntaban: “¿Hasta cuándo nos vas a tener en suspenso? Si tú eres el Mesías, dínoslo francamente”»⁴². Ellos quieren una respuesta que les ahorre el compromiso con su propia humanidad, con su razón y con su libertad. Pero Jesús no cede –lo siento...–: «Jesús les respondió: “Os lo he dicho y no creéis: las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ésas dan testimonio de mí. Pero vosotros no creéis, porque no sois ovejas mías. Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco y ellas me siguen, y yo les

⁴¹ L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., p. 62.

⁴² *Jn* 10, 24.

doy la vida eterna; no perecerán para siempre y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las ha dado, supera a todos y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno.»⁴³ Con anterioridad había dicho: «El testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido realizar; esas obras que hago dan este testimonio de mí: que el Padre me ha enviado»⁴⁴.

Nosotros estamos, como los judíos, ante las obras, ante los hechos, los testigos, ante una humanidad diferente. Vemos una avalancha de signos que hablan de un milagro presente; pero es como si se apoderara de nosotros el miedo a perderlo un instante después. Porque no sabemos de qué se trata (si uno ha experimentado que el agua moja, ¿es posible que al día siguiente dude de que vuelva a mojar?). Es decir, es un problema de conocimiento. Nuestro miedo empieza en el instante en el que bloqueamos el recorrido del conocimiento, del conocimiento de esa belleza que me hiere, que no puedo impedir que esté ante mis ojos. ¿Quién puede temer que no permanezca, que se desvanezca al cabo de algún tiempo? Aquel que no ha llegado hasta la fe. Aquel que no percibe en estas obras y en esa belleza el signo de Su presencia. Y, ¿por qué no lo percibe? Porque se detiene en la apariencia, como los judíos: ven las obras, pero no llegan a reconocer su origen último. Es como si la belleza que tenemos ante nosotros estuviese separada de Él, no fuese testimonio de Su actuación en medio de nosotros: separamos siempre el signo de su origen. Entonces los signos no nos confirman que Él está actuando, la fe no es el conocimiento de Él a través de lo que hace. Si Él existe, será Él el que se ocupe de darme otros signos, será Él el que se ocupe de seguir presente, porque es el único que ha dicho —si reconociéramos Quién hace esta belleza que encontramos ante nosotros, ni siquiera nos vendría a la cabeza el problema de cómo permanece— que estará con nosotros hasta el fin del mundo. Y no es un problema nuestro cómo lo hará. Si no llegamos a este conocimiento verdadero, no saldremos jamás de la incertidumbre.

b) Verificación de la fe

Pero el recorrido no termina aquí. Una vez que lo hemos reconocido, es necesario que verifiquemos en la experiencia esta Presencia que hemos reconocido. Dice de nuevo Ratzinger:

«La fe cristiana no es un sistema [no es un pensamiento]. No puede presentarse como un edificio acabado del pensamiento. La fe cristiana

⁴³ Jn 10, 25-30.

⁴⁴ Jn 5, 36.

es un camino, y es propio del camino el que sólo entrando en él se reconozca que uno va caminando por él. Esto se aplica en doble sentido: a cada individuo no se le desvela lo cristiano sino en el experimento de ir conjuntamente por ese camino [Cristo se desvela a nuestros ojos en la medida en que nos cambia y nos acompaña]; y, en su totalidad, lo cristiano puede captarse únicamente como un camino histórico»⁴⁵.

Es necesario por tanto que dejemos a la fe el espacio necesario para desvelar su verdad, para que pueda mostrarse capaz de sostener la vida, de mantenerse en pie ante las circunstancias. Nuestro Dios es un Dios que se revela en la historia, no en nuestros pensamientos. Y es ahí donde se desvela la diferencia entre Él y todos nuestros ídolos.

Por tanto, si uno no hace todo el recorrido de la fe provocado por la realidad (el trabajo, la crisis, la enfermedad, las relaciones, todas las circunstancias) no podrá salir a la luz la evidencia de lo que es Cristo. Para adherirnos razonablemente a Él, lo que necesitamos es esta evidencia, no la repetición de un discurso. Y no necesitamos que otro nos lo explique, sino que tenemos que verlo por nosotros mismos: que Él se mantiene en pie ante las circunstancias, que es capaz de sostener la vida. No necesitamos una dirección espiritual, sino la invitación a una verificación dentro de las circunstancias. Esto es precisamente lo que nos puede dar la certeza que necesitamos. Sólo aquel que arriesga en esta verificación puede llegar a la certeza del conocimiento que todos necesitamos: poder verificar que quien cree en el Hijo tiene la vida eterna y experimenta el ciento por uno aquí. Sin esto la adhesión a la fe no es razonable, porque no Le hemos conocido en acción. Sin embargo uno que verifica puede encontrar esa certeza.

Escribe a una amiga una madre que ha tenido un hijo precioso, pero con síndrome de Down:

«Quería contarte que en estos tres meses de hospital mi marido y yo hemos estado ante las circunstancias que se presentaban con un deseo de abrazar toda la realidad tal como se desvelaba. Hace ya veinte años que conocí Comunión y Liberación, pero sólo en esta circunstancia, ante este hecho, se me ha desvelado el misterio de la gran Presencia. Él está presente, es un hecho, como es un hecho mi hijo. De nuestra posición han nacido muchos encuentros preciosos, muchas relaciones, y se ha desvelado la unidad con nuestros amigos. Por eso me ha impresionado la Escuela de comunidad cuando decía: “estar dentro de la realidad preguntándonos quién nos la da, estando ante ella en profundidad

⁴⁵ J. Ratzinger, *Fe, verdad y tolerancia*, op. cit., p. 129.

y pidiendo, preguntando hasta el fondo de qué está hecha, deseando, esperando a Aquel que me hace”».

c) La fe es un método de conocimiento

Sólo esto puede hacer que la fe vuelva a ser conocimiento. ¡La fe es un método de conocimiento! Este camino dramático forma parte de la certeza, amigos, de la superación de la separación entre saber y creer. La historia no es inútil, las circunstancias a través de las que el Misterio nos hace pasar no son inútiles; son la posibilidad de ver, de que se desvele ante nuestros ojos quién es Aquel en el que creemos. A través de esta historia hemos conocido a Aquel en el que creemos. Creemos, como los discípulos, porque hemos visto; no creemos por un sentimentalismo o porque hayamos decidido creer, crear la fe. Le hemos visto en acción, Sus obras hablan de Él. He aquí la superación de la fractura entre saber y creer. Al recorrer este itinerario, hemos visto los rasgos inconfundibles de Su presencia. ¡Algo completamente distinto de la reducción de la fe a sentido religioso y a sentimiento!

Aquel que ha aceptado este desafío que nos ha hecho don Giussani, el que ha aceptado recorrer todo el camino de la fe como camino de conocimiento, podrá testimoniarlo como muchos nos lo testimonian. Porque, ¿qué es lo que se pone de manifiesto en las circunstancias que cada uno tiene que vivir? Que nadie, cuando ha hecho este recorrido, puede eliminar la experiencia de correspondencia que ha vivido y que vive. La correspondencia es el signo de que a través de los hechos (una cantidad inmensa de experiencias, de eventos y de prodigios) hemos podido tocar con la mano Su presencia en medio de nosotros (hasta tal punto de que aquellos hechos han quedado impresos en nuestra memoria, han penetrado hasta la última fibra de nuestro ser). La correspondencia se da en cada persona –porque uno puede mantenerse en pie únicamente gracias a esto–: es el Señor de cada corazón, y por eso es el Señor de todos. Cuando hacemos este camino, el cristianismo es un hecho que nadie puede arrancarnos, que resiste ante cualquier crisis, ante cualquier caída, ante cualquier terremoto. Es más, cualquier crisis y cualquier desafío constituyen la ocasión para reconocerLe en acción. Se trata del espectáculo de Su presencia en acción dentro de la realidad, no en nuestros pensamientos. Y entonces crece la certeza con respecto a Él. Por eso tenemos una gratitud infinita hacia Él, que se hace presente en nuestra vida.

¿Qué se ha revelado más consistente que cualquier otra cosa, más que cualquier desafío? La pertenencia a Él, como nos testimoniaban nuestros amigos de L'Aquila: una pertenencia a esta Presencia que nadie puede

derrotar. La consistencia de nuestra vida depende de la relación con esta Presencia. El valor de nuestra vida depende de esta relación, de esa familiaridad: pero, ¿quién eres Tú que te interesas tanto por mi nada? Esta es la grandeza del carisma al que pertenecemos: pertenecer a una historia, a una sucesión de hechos que nos hacen protagonistas, no en el sentido de que tenemos el poder, sino de que reconocemos una Presencia que responde, que corresponde a la espera de nuestro corazón, en medio de cualquier dificultad y condición. Por eso todo se me da para reconocer los rasgos inconfundibles de Su presencia entre nosotros, que se revelan no en nuestros pensamientos, sino en la vida. Se entiende entonces por qué san Pablo decía con gratitud: «Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados»⁴⁶.

Por eso pedimos: ¡No me dejes nunca, Presencia que siempre me asombras!

SANTA MISA

**SALUDO INICIAL DE SU EMINENCIA EL CARDENAL STANISLAW RILKO
PRESIDENTE DEL PONTIFICIO CONSEJO PARA LOS LAICOS**

Queridísimos amigos: Mi más cordial saludo a todos: a vosotros que os habéis reunido en Rimini en la cita anual de los Ejercicios Espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación y a todos vosotros los que, por todo el mundo, participáis vía satélite.

Al miraros aquí reunidos, tan numerosos y tan recogidos en silencio y oración ante el altar del Señor, me vienen a los labios espontáneamente las palabras del Salmo responsorial de hoy: «Dichoso el pueblo que sabe aclamarte y camina, oh Señor, a la luz de tu rostro» (*Sal* 88).

Decía Don Giussani: «Dios es para el hombre misericordia, y la paz en nosotros tiene un solo nombre: la misericordia de Dios». Con el eco de estas palabras en nuestros corazones reconozcámonos pecadores, pobres, verdaderos mendigos de la divina misericordia que no conoce límites ni medida, y digamos juntos:

Yo confieso ante Dios todopoderoso...

⁴⁶ Col 1, 13-14.

HOMILÍA

«Aquí estoy, envíame...» (Is 6,8)

1. El Señor una vez más os hace don de esta importante cita anual: los Ejercicios Espirituales de la Fraternidad. Es un don de gracia, porque los Ejercicios son un tiempo fuerte de retorno a lo esencial, tanto en la vida del movimiento como en la vida personal de cada uno de vosotros. Os volvéis a encontrar en Rimini cada año. Pero desde luego no se trata de réplicas de un rito siempre igual a sí mismo: cada cita es distinta de la que la ha precedido y de la siguiente. Hoy no es como el año pasado porque nuestra historia personal es diferente, ha cambiado. Y es inagotable la capacidad de Cristo para sorprendernos con la novedad de su Evangelio en cada etapa de nuestra existencia.

Los Ejercicios espirituales son por tanto un tiempo de silencio que nos permite oír al Señor que no se rinde a nuestra sordera, a nuestra distracción, a nuestra indiferencia, y sigue llamando a la puerta de nuestra vida. «Mira que estoy a la puerta y llamo: si uno me oye y me abre, entraré en su casa y comeremos juntos» (Ap 3,20). Con don Giussani podemos decir que el verdadero protagonista de los Ejercicios Espirituales es el mendigo: «Cristo mendigo del corazón el hombre y el corazón del hombre mendigo de Cristo» (30 de mayo de 1998).

Este es el tiempo en el que el Señor da nuevo vigor a nuestra esperanza, esa esperanza sin la cual el hombre no puede vivir, como nos recuerda el Santo Padre Benedicto XVI. Y no es una esperanza cualquiera, sino la “gran esperanza” fundamentada en la roca que es Cristo mismo, pero que con frecuencia vacila ante las pruebas que la vida no ahorra a ninguno. ¿Cómo reavivar la llama que siempre corre peligro de apagarse? ¿Dónde y cómo volver a encenderla? En la primera lectura que hemos escuchado San Pedro nos lo explica: «Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que os ensalce a su debido tiempo. Descargad sobre él todas vuestras preocupaciones, pues él cuida de vosotros [...] El Dios de toda gracia [...] él mismo os perfeccionará [...], os confirmará, os fortalecerá y os consolidará» (1 Pe 5,6-10). Este es el mensaje que nos conforta: ¡Dios cuida de nosotros! ¡Dios nos ama! En el libro del profeta Isaías Dios habla con palabras que expresan bien el kairòs de estos ejercicios: «No temas, pues yo te he redimido, te he llamado por tu nombre: mío eres». (Is 43,1).

2. Hoy la Iglesia celebra la fiesta de San Marcos Evangelista, primo de Bernabé, colaborador de Pablo en su primer viaje apostólico y sobre

todo discípulo de San Pedro Apóstol, quien en su carta le llama afectuosamente «mi hijo» (*1 Pe 5,13*). El evangelio que acabamos de oír, tomado precisamente del Evangelio según San Marcos, nos invita a confrontarnos seriamente con el mandato misionero que Cristo resucitado ha encomendado a la Iglesia ¡su misma razón de ser! Y es un desafío permanente que nos interpela a todos nosotros, discípulos de Cristo. Benedicto XVI no oculta la dramaticidad de la situación del Evangelio en el mundo de hoy, precisamente en países de profunda tradición cristiana, en los que sobrevive un “cristianismo cansado”, agotado y desanimado, en los que se difunde un extraño “olvido de Dios” y se da una preocupante “apostasía silenciosa” de los bautizados. Se están convirtiendo así en verdadera tierra de misión. Dice el Papa: «Debemos reflexionar seriamente en el mundo en el que podemos realizar una verdadera evangelización, no solo una nueva evangelización, sino con frecuencia una verdadera y auténtica primera evangelización. Las personas no conocen a Dios, no conocen a Cristo. Existe un nuevo paganismo y no basta que tratemos de conservar a la comunidad creyente, aunque esto es muy importante [...] Creo que todos juntos debemos tratar de encontrar modos nuevos de llevar el Evangelio al mundo actual, anunciar de nuevo a Cristo y establecer la fe» (Colonia, 21 de agosto de 2005).

Sin embargo, el creciente pluralismo religioso y la mentalidad relativista propia de la postmodernidad siembran también en este campo, vital para la Iglesia, una peligrosa confusión. Incluso en ciertos ámbitos eclesiales hoy se oye decir que basta ayudar a los hombres a ser más hombres o más fieles a sus propias tradiciones religiosas, sean las que sean, sin favorecer necesariamente la conversión a Cristo y la adhesión a la Iglesia. Todo esto en nombre de un falso respeto y de una malentendida promoción de la libertad de conciencia. A los autores de esta corriente de pensamiento las palabras “evangelización” y “anuncio” decididamente no les gustan. Como alternativa a la evangelización, prefieren hablar de “diálogo”, refiriéndose a un diálogo que pone a todos los interlocutores al mismo nivel y que prescinde del criterio de la verdad. Pero así se traiciona el mandato del Resucitado de anunciar el Evangelio “a todas las criaturas”. Estamos muy agradecidos a la Congregación para la Doctrina de la Fe por haber publicado hace un par de años una “Nota Doctrinal sobre algunos aspectos de la evangelización” (3 de diciembre de 2007). Ese documento ofrece aclaraciones fundamentales a este propósito, y recuerda que «evangelizar significa no sólo enseñar una doctrina, sino anunciar a Jesucristo con palabras y actos, haciéndose instrumento de su presencia y actuación en el mundo» (nº 2). Dios

debe volver a ser el corazón del anuncio cristiano. «Quien no da a Dios, da demasiado poco» (Mensaje para la Cuaresma 2007), pone en guardia Benedicto XVI.

Y no se refiere a un dios cualquiera, sino al Dios que se ha revelado en el rostro de Jesucristo, su Hijo unigénito, hecho hombre para nuestra salvación. Cada persona tiene derecho a oír de nosotros los cristianos esta buena noticia para poder vivir en plenitud su propia vocación. Un derecho que se corresponde con nuestro deber de evangelizar, según las palabras del Apóstol de las gentes: «Porque si predico el evangelio no tengo de qué sentir orgullo; es mi obligación hacerlo. Pues ¡hay de mí si no evangelizare!» (1 Cor 9,16). Nosotros los bautizados debemos volver a encontrar el valor y el orgullo de ser cristianos y misioneros del Evangelio en nuestro mundo. ¡Hoy es realmente necesario avivar las conciencias cristianas! No podemos dejarnos intimidar por las formas de intolerancia que se ponen en pie también en nuestras democracias occidentales, ni por ese laicismo agresivo que pretende eliminar a Dios del horizonte de la vida del hombre. Hay quien habla, y no sin razón, de un “nuevo anticristianismo” y de una cierta “cristianofobia”. No, no podemos escondernos tras un silencio inerte. Debemos redescubrir la vocación profética que es propia de los bautizados. Como Isaías, a la pregunta del Señor: «¿A quién enviaré? ¿quién irá por nosotros?» debemos responder: «Aquí estoy, envíame» (Is 6,8).

Además, la verdad se impone por sí misma. Por lo tanto –se lee en la citada “Nota Doctrinal”– «estimular honestamente la inteligencia y la libertad de una persona hacia el encuentro con Cristo y su Evangelio no es una intromisión indebida, sino un ofrecimiento legítimo y un servicio que puede hacer más fecunda la relación entre los hombres [...] El que anuncia el Evangelio participa de la caridad de Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros (cfr. Ef. 5,2)» (n. 5, 11). El testimonio personal y la transmisión de la fe de persona a persona –como en las primeras comunidades cristianas– siguen siendo las vías privilegiadas de la evangelización también en nuestro tiempo. Retomando la petición de algunos griegos a Felipe: «¡Queremos ver a Jesús!» (Jn 12,21), el siervo de Dios Juan Pablo II, al inicio del tercer milenio de la era cristiana, escribía: «Los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo “hablar” de Cristo, sino, en cierto modo, hacérselo “ver”. Y ¿no es quizás cometido de la Iglesia reflejar la luz de Cristo en cada época de la historia y hacer resplandecer también su rostro ante las generaciones del nuevo milenio?» (Novo millenio ineunte, n. 16). Es una indicación importante.

«Id a todo el mundo y predicad el Evangelio a todas las criaturas» (Mc 16,15). En nuestros días, esta tarea – como hemos visto – se ha hecho especialmente ardua. Sin embargo no faltan signos de esperanza. Ante todo, el gran florecer de nuevos carismas que han generado el pueblo de los movimientos eclesiales. Estos son una respuesta oportuna del Espíritu Santo al desafío que el mundo sigue lanzando a la misión evangelizadora de la Iglesia. Basta pensar en todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo que, gracias a estos nuevos carismas, han encontrado a Cristo, han descubierto la fascinante belleza de ser cristiano y se han dejado conquistar por una extraordinaria pasión misionera al servicio del Evangelio. ¡Y todos vosotros sois un ejemplo vivo de ello!

3. Para concluir nuestra meditación volvamos la mirada a aquél que es modelo eminente para los evangelizadores de todos los tiempos: Pablo de Tarso. La Iglesia está en plena celebración del Año Paulino designado por el papa Benedicto XVI para conmemorar el bimilenario del nacimiento del Apóstol de las gentes. Todos tenemos necesidad de acercarnos idealmente a la “llama” que brilla simbólicamente en la basílica de San Pablo extramuros en Roma, para reavivar en nosotros la audacia de la fe y la pasión misionera en un mundo que se va alejando de Dios.

¿De dónde nace la gigantesca obra evangelizadora realizada por Pablo? La respuesta es sencilla: del encuentro con Cristo resucitado a las puertas de Damasco que cambió la vida de Saulo. Cae del caballo y, cuando se pone en pie, el brutal persecutor de la Iglesia naciente es otro: Saulo se convierte en Pablo, discípulo de Cristo, apóstol intrépido que un día derramará su sangre por el Evangelio. De esta experiencia en el camino de Damasco el Santo Padre ha dicho: «Este viraje de su vida, esta transformación de todo su ser no fue fruto de un proceso psicológico, de una maduración o evolución intelectual y moral, sino que llegó desde fuera: no fue fruto de su pensamiento, sino del encuentro con Jesucristo. En este sentido no fue sólo una conversión, una maduración de su “yo”; fue muerte y resurrección para él mismo: murió una existencia suya y nació otra nueva con Cristo resucitado». (Audiencia General, 3 de septiembre de 2008). Lo que para él había sido importante, esencial, se volvía pérdida, basura (cfr. *Fil* 3,8). Lo que cuenta ahora es sólo Cristo y sus palabras de salvación que Pablo quiere llevar por todo el mundo. A los destinatarios de su carta les escribe: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (*Gal* 2,20); «Para mí [...] vivir es Cristo» (*Fil* 1,21); «El amor de Cristo nos apremia» (*2 Cor* 5,14). Su vida de apóstol de Cristo no ha sido nada fácil: «Incontables viajes con peligros

de ríos, peligros de salteadores, peligros de los de mi raza, peligros de los paganos, peligros en la ciudad, peligros en los desiertos, peligros en el mar, peligros de los falsos hermanos; en trabajos y fatigas, en noches sin dormir, en hambre y sed, en días sin comer, en frío y desnudez» (2 Cor 11,26-17). Y para las adversidades de la vida apostólica tiene una respuesta: «He sido crucificado con Cristo» (Gal 2,20); «Todo lo puedo en aquel que me conforta» (Fil 4,13). Este es Pablo. Todo en su vida ha comenzado en el encuentro con el Resucitado. Y Benedicto XVI remacha incansable que «el cristianismo no es una filosofía nueva o una nueva moral; [que] sólo somos cristianos si nos encontramos con Cristo» (Audiencia General, 3 de septiembre de 2008). De generación en generación, los verdaderos evangelizadores – testigos persuasivos del Evangelio – nacen precisamente así. También hoy vosotros sois la prueba.

ANTES DE LA BENDICIÓN

Julián Carrón: Permítame, Eminencia, agradecerle en nombre de todos nuestros amigos su presencia entre nosotros, que hace presente al Santo Padre y es testimonio de la contemporaneidad de Cristo entre nosotros. Gracias por habernos recordado que la gracia que hemos recibido es para todos, es para la misión, para comunicar a todos la belleza que nosotros hemos encontrado.

Gracias, Eminencia.

Cardenal Rylko: Gracias a todos vosotros por este espléndido testimonio de fe que dais a la Iglesia y al mundo cada vez que os encontráis con motivo de los Ejercicios Espirituales.

Para mí personalmente venir a celebrar con vosotros la Eucaristía es siempre un don, un renuevo espiritual. Gracias.

Sábado 25 de abril, tarde

A la entrada y a la salida:

Ludwig van Beethoven, Cuarteto para cuerda en la menor, op. 132

Cuarteto Italiano

“Spirto Gentil” n. 49, Decca

■ SEGUNDA MEDITACIÓN

Julián Carrón

La contemporaneidad de Cristo

1. De la fe nace el método

a) Algo que se da antes

En la primera lección, al tratar de responder a la separación entre saber y creer, hemos tenido que hacer el trabajo de entender nuevamente qué es el cristianismo: es un Hecho, consiste en toparse con una Realidad distinta e irreductible. Pero si la fe es un método de conocimiento que reclama constantemente el uso de la razón, debe permanecer siempre ante este Acontecimiento presente que la desafía. Ya dijimos el año pasado que el conocimiento nuevo implica la contemporaneidad con el Acontecimiento que lo genera y lo sostiene continuamente.

Por eso nosotros no responderemos de forma exhaustiva a la pregunta planteada por la situación en la que nos encontramos hasta que no respondamos a esta otra: ¿Cómo sigue siendo contemporáneo el Acontecimiento cristiano? Únicamente respondiendo a esta pregunta podremos superar definitivamente la fractura entre saber y creer. Y para responder no basta con reconocer lo que hemos dicho esta mañana (que el cristianismo es un acontecimiento histórico), como se ve por el hecho de que en muchas ocasiones, incluso reconociendo que el cristianismo es un acontecimiento histórico, lo que permanece de este evento histórico es sólo la Biblia. De esta forma, de la religión del evento pasamos enseguida a la religión del libro: por el camino hemos perdido la historia y el evento se convierte únicamente en palabra.

Sin embargo, nosotros comprendemos muy bien el alcance de esta cuestión gracias a la historia del carisma que nos ha fascinado. También

nosotros hemos tenido y tenemos que afrontar el mismo problema. Ninguno de nosotros pone en duda que el carisma es un hecho histórico que consiste en el impacto con una humanidad diferente, la de don Giussani. Pero ahora que él no está, nos apremia saber cómo permanece hoy el carisma que nos ha fascinado, porque nuestra tentación también es decir que permanece a través de los textos. Más allá del recuerdo de su persona, que tendería inevitablemente a difuminarse con el tiempo, lo más concreto que tenemos —se nos ocurre— son los textos, los libros.

Los libros son ciertamente un bien inmenso, como nos ha dicho siempre don Giussani. Permanecerán siempre para nosotros como un canon, como regla de la experiencia de vida que vivió don Giussani gracias a su fe. Pero si sólo quedasen los libros, antes o después nos encontraríamos en la misma situación que los judíos, cuando se apagó la voz profética: al quedarse únicamente con los textos, fue inevitable terminar interpretándolos. Fue el momento histórico en el que nacieron los escribas, los doctores de la ley, los expertos en la interpretación. Nosotros sabemos que este riesgo no es una forma de hablar, que muchas veces la Escuela de comunidad puede convertirse en esto, y sabemos también lo aburrido que puede llegar a ser.

Si éste fuese nuestro destino, enseguida nos daríamos cuenta de que acabaríamos encerrados en nuestras interpretaciones, de que seríamos como todos y no lograríamos comprender a don Giussani más allá de nuestra capacidad de entendimiento, porque no lograríamos salir de nuestros presupuestos; y, llegados a este punto, se acabaría el carisma, porque no bastaría la interpretación para sostener la vida, para suscitar su interés.

En febrero de 1984 don Giussani decía:

«¿Qué puede hacer que permanezca [...] el amor a uno mismo, la ternura hacia uno mismo, y por tanto, como reflejo, como reflujo, la ternura hacia los demás, el amor al destino, el amor al propio destino y al de los demás? ¿Qué puede sostener esto? Un Cristo como hecho histórico lejano puede ser leído como una página preciosa de literatura, puede dar incluso una energía momentánea, puede generar emoción, puede despertar nostalgia. Pero ahora, [...] con este cansancio, con esta facilidad para la melancolía, con este masoquismo extraño que la vida de hoy tiende a favorecer o con esta indiferencia y este cinismo [...], ¿cómo podemos aceptarnos a nosotros mismos y a los demás en nombre de un discurso? [...] Yo digo que no se puede permanecer en el amor a uno mismo si Cristo no es una presencia, al igual que para el niño que no sabe cómo hacer algo es una presencia su madre [...]. Si Cristo no está presente ahora —¡ahora!—, yo no puedo amarme ahora y no puedo amarte ahora. Si Cristo no ha resucitado, yo estoy acabado, aunque tenga todas Sus palabras, aunque tenga todos Sus evangelios. Con los textos

de los Evangelios, llegados al extremo, podría incluso suicidarme, pero con la presencia de Cristo, no; con la presencia reconocida de Cristo, no»⁴⁷.

Por este motivo nos urge responder con claridad a esta cuestión. Y aquí nos ayuda de forma impresionante el texto *Algo que se da antes*. Lo hemos visto esta mañana cuando nos ha recordado que el cristianismo es un hecho, y esto lo suscribiríamos todos nosotros. Pero lo más sorprendente empieza después: la gran revolución es sostener que el cristianismo permanece como hecho. Y esto no hay que darlo por descontado:

«El toparse con una presencia humana diferente se da antes, no sólo al comienzo, sino también en todos los momentos que siguen a ese comienzo, ya sea un año o veinte después. El fenómeno inicial –el impacto con una presencia humana diferente y el asombro que nace de ello– está destinado a ser el mismo fenómeno inicial y original de cada momento del desarrollo. Porque no se produce desarrollo alguno si ese impacto inicial no se repite, es decir, si el acontecimiento no sigue siendo siempre contemporáneo. [...] El factor original es, permanentemente, el impacto con una realidad humana diferente»⁴⁸.

Por eso debemos añadir algo a lo que hemos dicho esta mañana: la contemporaneidad de Cristo no es una condición sólo del inicio, sino de todos los pasos del camino. La alternativa está clara: o se renueva y vuelve a suceder, o bien no se produce avance, no se realiza una verdadera continuidad y el carisma está muerto y sepultado. Pero lo más asombroso es que si no se renueva ahora, tampoco comprendemos lo que sucedió al comienzo, porque «si uno no vive ahora el impacto con una realidad humana nueva, no entiende lo que le sucedió antes. Sólo si el acontecimiento vuelve a suceder ahora, se ilumina y se ahonda desde una perspectiva más madura en el acontecimiento inicial, estableciéndose de esta manera una continuidad, un desarrollo»⁴⁹.

Y si esto no se produce, no pensemos que nos quedamos igual que antes: «Se pasa enseguida a teorizar sobre el acontecimiento ocurrido y a caminar a ciegas buscando apoyos que sustituyan a eso que está verdaderamente en el origen de la diferencia»⁵⁰. ¿Cuáles son estos apoyos sustitutivos? Los de todos: «El poder, sobre todo el poder económico, es la abolición de todos los dioses, salvo uno, en su versión triple: usura, lujuria, poder, como dice

⁴⁷ Hace referencia al texto de un Equipo contenido en el volumen de L. Giussani, *Qui e ora* (1984-1985), actualmente en preparación en la BUR, pp. 76-77.

⁴⁸ L. Giussani, «Algo que se da antes», op. cit., p. 2.

⁴⁹ *Ibidem*.

⁵⁰ *Ibidem*.

Eliot»⁵¹. No porque seamos peores que los demás, sino porque es inevitable. Si Él no está presente y atrae nuestro afecto y nuestro corazón, buscamos apoyos sustitutivos. Vivimos por algo que está sucediendo ahora. Por eso, si queremos saber si permanece entre nosotros lo que el Espíritu inició hace años a través de don Giussani, tenemos un criterio que él mismo nos dejó: «La continuidad con lo que sucedió al principio sólo se produce [...] mediante la gracia de un impacto siempre nuevo, que produce la misma clase de asombro de la primera vez. [Y, por si no está claro, nos ofrece también la prueba:] De no ser así, en lugar de dicho asombro prevalecen los pensamientos [los nuestros]⁵²: ésta es la alternativa. Por tanto, ante la tentación de reducirlo a textos, a organización, él insiste en que no hay diferencia de método entre el inicio y la continuación, porque es la fe la que dicta siempre el método: de la fe nace el método. Tal afirmación significa que el carisma permanece en la humanidad diferente que nos impacta ahora; es esta humanidad diferente que continúa sucediendo ahora la que nos muestra que Cristo sigue siendo contemporáneo, la que nos confirma que estamos siguiendo a don Giussani tal como nos ha enseñado. Esta humanidad diferente es la que Le hace presente entre nosotros.

En estos días de Pascua percibimos de forma espectacular la diferencia entre los escribas y el cristianismo, porque lo que permanece no son los discursos, no son los textos —¡que, entre otras cosas, no existían todavía!—: permanece Su presencia, que prolonga en el presente lo que se dio en el comienzo. ¿Y qué se dio en el comienzo? Los Evangelios documentan la diferencia entre Jesús y los escribas, hasta tal punto que todos se quedaban asombrados: «Se quedaron asombrados de su enseñanza, porque no enseñaba como los escribas, sino con autoridad»⁵³. Y después: «Todos se preguntaron estupefactos: “¿Qué es esto? Este enseñar con autoridad es nuevo. Hasta los espíritus inmundos les manda y le obedecen”»⁵⁴. No era como los escribas. Les enseñaba con autoridad y no como sus escribas (todos hemos leído estos textos; pero ¡qué diferente es la lealtad de don Giussani con todo lo que nos testimonia el Evangelio!). ¿Cómo permanece esta diferencia? Es impresionante caer en la cuenta de lo que sucede cada día en la liturgia. La Iglesia nos hace leer los *Hechos de los Apóstoles*, en donde se resaltan los hechos, los milagros, una humanidad que sigue presente, el cambio que se produce en las personas; y al mismo tiempo, nos hace escuchar en el

⁵¹ L. Giussani, *Avvenimento di libertà*, Marietti, Génova 2002, p. 188.

⁵² L. Giussani, «Algo que se da antes», op. cit., p. 2.

⁵³ *Mc* 1, 22.

⁵⁴ *Mc* 1, 27.

Evangelio los relatos de las apariciones de Jesús. Son dos realidades que se iluminan mutuamente: en el fondo nos da a entender que la resurrección verdadera, real, no sólo se ve por las apariciones de Cristo (que no son alucinaciones que tuvieron los apóstoles, sino que son verdaderas apariciones, como demuestran los relatos que leemos en los *Hechos de los Apóstoles*). Y para que no nos quedemos en los hechos pensando que no tienen que ver con Cristo resucitado, la liturgia de la Iglesia une a estos hechos el relato de las apariciones: para que veáis que los hechos que escucháis son testimonio de Su presencia. ¡Mirad cómo nos educa la Iglesia cada día! Lo que nos dice don Giussani no es más que la constatación de lo que es el cristianismo.

Ahora podemos comprender mejor el alcance metodológico del título de los Ejercicios, «De la fe nace el método», porque la única posibilidad de no sucumbir a la tentación de ser escribas, de interpretar, es la permanencia de Cristo en el tiempo, Su contemporaneidad: o el cristianismo es un acontecimiento en cada momento, o ya no es cristianismo. Estaríamos hablando de una cosa distinta, porque las Escrituras (los Hechos de los Apóstoles, los Evangelios) permanecen como el canon de lo que siempre será el cristianismo: si no es así, no es cristianismo, aunque utilicemos las mismas palabras.

Sucede de forma análoga entre nosotros. La desaparición de don Giussani habría podido hacernos creer que podemos permanecer sólo con su recuerdo o con sus textos. Sin embargo, todos podemos ver lo que está sucediendo: a los testigos y los hechos. Esta es la modalidad con la que permanece y continúa acompañándonos y generándonos como hijos, hasta tal punto que hoy lo percibimos más padre que nunca. ¡Algo bien distinto de un mero texto o de un mero recuerdo! Esto no puede y no debe querer decir despreciar, minusvalorar o quitarle importancia al pasado que me ha traído hasta aquí. Todo pertenece a un único designio. El carisma de don Giussani vive ahora por la fuerza del Espíritu, pero la persona de don Giussani no pertenece al pasado.

Con esta conciencia podemos afrontar una cuestión ambigua que emerge entre nosotros con frecuencia. La pregunta «¿Cómo permanece?» refleja muchas veces una incertidumbre, en realidad significa para nosotros: «¿Cómo puedo conseguir que permanezca? ¿Cómo hago que permanezca el acontecimiento que me ha cautivado?». En el encuentro con los profesores, por ejemplo, para explicar la expresión «¿cómo permanece?», muchos utilizaban la expresión «¿cómo puedo conseguir que permanezca esto?». ¡Y son preguntas muy distintas! Don Giussani vivió sin plantearse jamás el problema de «qué hacer para que permanezca». Éste es el origen de nuestra inseguridad. Leyendo *Algo que se*

da antes, me ha impresionado una cosa que se me había escapado con anterioridad. Si leéis el texto con atención, en don Giussani no existe rastro de esta preocupación. En él, la pregunta «¿cómo permanece?» parte de una certeza para ayudarnos a comprender: «¡Mirad cómo permanece!», no como discurso, ni como organización, sino como evento de una humanidad cambiada. Y repite incansablemente que el método es siempre el mismo: encontrarnos con una humanidad distinta, sin inquietarnos por la que es, en cambio, nuestra preocupación constante: «¿Cómo puedo conseguir que permanezca?». La insistencia en esta pregunta nos muestra de nuevo que nos sentimos inseguros, que no hemos comprendido lo que nos ha sucedido, que para nosotros la fe no es un recorrido del conocimiento, que existe todavía una fractura entre saber y creer. Seguimos pensando que somos nosotros los que generamos, los que sostenemos el chiringuito, y por eso nos preocupa.

¡Es Cristo resucitado el que se ocupa de cómo permanecer! No es nuestro problema. A nosotros nos toca reconocerLe cada vez que se hace presente en nuestra vida. Vivir el cristianismo de esta forma es algo sobrecogedor y desafía constantemente nuestra libertad a través de una diferencia que está presente. Esta diferencia es un bien, es un signo de la preferencia que Cristo tiene por nosotros, no algo de lo que uno deba defenderse. La contemporaneidad de Cristo nos desafía a cada uno poniéndonos ante esta alternativa: o nos aferramos a lo ya conocido (considerando el pasado como un ídolo), o sea, a la posesión de ciertos textos y de un cierto pensamiento, o nos abrimos a la forma imprevista en la que sucede ahora, estando disponibles a seguir lo que Cristo hace hoy (la modalidad siempre nueva con la que se manifiesta). Esta es la verdadera decisión, porque ante la novedad surge siempre la posibilidad del miedo. Pero nosotros –seamos sinceros, amigos– nos defendemos de la novedad la mayoría de las veces. Cuando algo se mueve, cuando una novedad asoma en el horizonte, enseguida nos retraemos. Pero Cristo es precisamente esto: la novedad que está presente todos los días de la vida.

Por eso no existe descripción más aguda de la alternativa ante la que nos encontramos que la parábola de los dos hijos:

«En aquel tiempo, Jesús fue al templo y, mientras enseñaba, se le acercaron los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo para preguntarle: “¿Con qué autoridad haces esto? ¿Quién te ha dado semejante autoridad?”. Jesús les replicó: “Os voy a hacer yo también una pregunta; si me la contestáis os diré yo también con qué autoridad hago esto. El bautismo de Juan, ¿de dónde venía, del cielo o de los hombres?”. Ellos se pusieron a deliberar: “Si decimos ‘del cielo’, nos dirá ‘¿por qué no le habéis creído?’. Si le decimos

‘de los hombres’, tememos a la gente; porque todos tienen a Juan por profeta”. Y respondieron a Jesús: “No sabemos”. Él, por su parte, les dijo: “Pues tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto”. [Y añade esta parábola:] “¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: ‘Hijo, ve hoy a trabajar en la viña’. Él le contestó: ‘No quiero’. Pero después se arrepintió y fue. Se acercó al segundo y le dijo lo mismo. Él le contestó: ‘Voy, señor’. Pero no fue. ¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre?”. Contestaron: “El primero”. Jesús les dijo: “Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del Reino de Dios [¿qué quiere decir esto? Se está dirigiendo a los sumos sacerdotes y a los ancianos, que son los que al principio dijeron que sí, y luego dijeron que no a Cristo; en cambio los otros habían dicho que no, pasaron de la ley, pero ante Él dijeron que sí]. Porque vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y prostitutas le creyeron. Y, aún después de ver esto, vosotros no recapitasteis ni le creísteis»⁵⁵.

Nosotros, como aquellos sumos sacerdotes, corremos este riesgo. Debemos decidir, porque al igual que ellos, podríamos pensar: «Ya sabemos el camino. ¿Por qué deberíamos creer a Éste?». O bien podemos estar ante lo que sucede como los publicanos, porque la historia que hemos vivido nos ha traído hasta aquí para educarnos en la forma de estar ante el Misterio que está sucediendo ahora, que nos sale al encuentro ahora. Si no estamos disponibles ante lo que sucede ahora, nuestra historia, en vez de ser una ayuda, es un obstáculo, porque nos domina más el deseo de poseer que la apertura. De esta forma se comprende el alcance del reclamo que hace Cristo:

«En aquel tiempo, Jesús exclamó: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la Tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido mejor. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y *encontraréis vuestro descanso*. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera”»⁵⁶.

Los sencillos son los verdaderos sabios, los que son verdaderamente inteligentes: son aquellos en los que el pasado ha producido el fruto de una apertura, de una educación en la forma de estar ante el acontecimiento que está sucediendo ahora. Por tanto, la verificación de este pasado

⁵⁵ Mt 21, 23-32.

⁵⁶ Mt 11, 25-30.

se realiza siempre en el presente. ¿Estoy disponible a la modalidad con la que el Misterio, a través del carisma, se manifiesta ahora ante mí? En esto consiste el verdadero desafío que nos lanza don Giussani: el Misterio permanece a través de la misma modalidad, a través de la humanidad diferente que sucede ahora. ¿Aceptamos nosotros este desafío?

b) No intérpretes, sino testigos

Por tanto, la conciencia del método de la fe nos permite comprender que no necesitamos intérpretes, sino testigos. No necesitamos a alguien que nos explique, sino a alguien que nos dé testimonio del cambio que sucede ahora. Si no ocurre así nos quedamos encerrados en nuestros pensamientos. Como hemos visto en estos meses, podemos incluso hacer Escuela de comunidad, pero contra el método que la misma Escuela nos propone.

«Por tanto, el aspecto más importante en el desarrollo de la Escuela de comunidad es que alguien “enseñe”: alguien –o algunos– en quienes el impacto inicial se renueva y dilata, ofreciéndose como ocasión para que en los demás se dé la misma sorpresa del comienzo. Es necesario, por tanto, que quien dirija la Escuela comunique una experiencia en la que se renueva el asombro inicial, y no que desempeñe meramente un papel o una “tarea”. No puede haber comunicación de una experiencia si se parte de la conciencia de uno mismo como alguien que desempeña un papel, alguien que, subido al pedestal de la superioridad y del dominio del tema [justamente como los escribas], pretende enseñar a los demás. Porque quien enseña es únicamente el Espíritu de Dios: es el Espíritu quien produce el primer impacto, la atracción primera, y quien lo renueva. Aquel que está al frente de la Escuela de comunidad, y que comunica una experiencia en la que acontece de nuevo la sorpresa inicial, realiza esta comunicación dando razón de las palabras que se usan»⁵⁷. Esto sucede porque en el cristianismo el contenido y el método coinciden, como ha subrayado recientemente Benedicto XVI: «En el misterio de la encarnación del Verbo, es decir, en el hecho de que Dios se hizo hombre como nosotros, está tanto el contenido como el método del anuncio cristiano»⁵⁸. Esto es lo que podría responder incluso a la necesidad que tienen los que se encuentran con nosotros. Porque de esta forma también nosotros podemos llegar a ser testigos y a hacer presente el cristianismo como acontecimiento ante todos los hombres. El

⁵⁷ L. Giussani, «Algo que se da antes», op. cit., p. 4.

⁵⁸ Benedicto XVI, *A los participantes en la Asamblea Plenaria de la Congregación para el Clero*, 16 de marzo de 2009.

Evangelio describe esta dinámica casi de corrido: «En aquel tiempo, se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle»⁵⁹. Percibían en Jesús un atractivo vencedor: no se alejaban, sino que se acercaban. Si lo pensamos un poco parece algo banal, pero aquí se encierra todo. Por su forma de estar, de vivir, de situarse ante la realidad, la gente se Le acercaba. Parece nada, un brote minúsculo, pero este fue el origen de la diferencia que ha llegado hasta aquí, hasta cada uno de nosotros. Su presencia permanece en la historia a través de los que viven así, de los que despiertan un atractivo por su forma de vivir. El Concilio Vaticano II lo dice hablando de los testigos: «En la vida de aquellos que, siendo hombres como nosotros, se transforman con mayor perfección en imagen de Cristo [...], Dios manifiesta con suma expresión y eficacia a los hombres su presencia y su rostro. En ellos, Él mismo nos habla y nos ofrece un signo de su Reino hacia el cuál somos poderosamente atraídos, con tan gran nube de testigos que nos envuelve [...] y con tan gran testimonio de la verdad del Evangelio»⁶⁰. Dice esto del testigo, que es aquel que traduce lo que dice el Evangelio. Es lo que narran algunos de los preciosos testimonios del libro *Liberi* de Giovanna Parravicini, como el de un hombre al que tenían que trasladar de cárcel en cárcel porque, después de un cierto tiempo, hasta los vigilantes se convertían al cristianismo. O el caso de ese juez de izquierdas que ha llevado a su madre a la residencia que dirigen unos amigos nuestros, porque «vosotros tratáis a las personas como no lo hace nadie». O como unos chinos budistas que, asombrados por la belleza de la vida de los cristianos en una parroquia, han pedido celebrar en la Iglesia el funeral de uno de ellos. Se trata de testimonios que manifiestan cómo permanece en el presente este atractivo. Y aquí Charles Péguy nos ha dado la descripción perenne del método cristiano: «Pero vino Jesús. Tenía tres años para trabajar. Trabajó sus tres años. Pero no perdió sus tres años, no los empleó en gemir y en invocar los sufrimientos del tiempo presente [...]. Él atajó el problema (en seco). ¡De una manera bien simple! Haciendo el cristianismo [...]. No incriminó al mundo. Salvó al mundo»⁶¹.

c) Seguimiento y obediencia

La condición para llegar a ser testigos es seguir, porque el testigo es aquel que sigue lo que sucede. Esto es lo que nos impresiona cuando leemos o escuchamos los Hechos de los Apóstoles. Después de la curación

⁵⁹ Lc 15, 1.

⁶⁰ Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, n. 50.

⁶¹ Ch. Péguy, *Verónica, diálogo de la historia y el alma carnal*, Nuevo Inicio, Granada 2008, p. 171.

del tullido, Pedro y Juan son llevados ante el Sanedrín. «Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, dijo: “Jefes del pueblo y senadores, escuchadme: porque le hemos hecho un favor a un enfermo, nos interrogáis hoy para averiguar qué poder ha curado a este hombre. Pues quede bien claro, a vosotros y a todo Israel, que ha sido el nombre de Jesucristo Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por su nombre, se presenta éste sano ante vosotros»⁶². Pero Pedro y Juan no ceden ante el intento de impedir que digan estas cosas: «Les mandaron salir fuera del consejo, y se pusieron a deliberar: “¿Qué vamos a hacer con esta gente? Es evidente que han hecho un milagro: lo sabe todo Jerusalén y no podemos negarlo; pero para evitar que se siga divulgando, les prohibiremos que vuelvan a mencionar a nadie ese nombre”. Los llamaron y les prohibieron en absoluto predicar y enseñar en nombre de Jesús. Pedro y Juan replicaron: “¿Puede aprobar Dios que os obedezcamos a vosotros en vez de a Él? Juzgado vosotros. Nosotros no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído”»⁶³.

¿Qué significa para ellos obedecer? Reconocer lo que han visto y oído: no significa “ser más capaces”, sino reconocer lo que han visto y oído, lo que Dios obra entre ellos. Los discípulos seguían formando parte del acontecimiento de Cristo a través de lo que seguía sucediendo ante ellos. El milagro testimoniaba que Cristo seguía presente, pero con una modalidad completamente distinta: a través del milagro, no a través de Su presencia terrena ni a través de una aparición. Y es sorprendente la disponibilidad de los discípulos para reconocerLe en acción. Como dice don Giussani: «Hace falta “algo que se da antes”, pues el resto no es más que un instrumento para su desarrollo. Hace falta que vuelva a suceder lo que les sucedió al principio: no “como sucedió” al principio, sino “lo que sucedió” al principio: el impacto con una diferencia humana donde se sigue renovando el mismo acontecimiento que les movió en un principio»⁶⁴. Únicamente si seguimos de esta manera podremos ser testigos en el presente de lo que sucede ahora.

«No existe compañía sin obediencia. [...] La compañía no la hace quien guía; la compañía es generada por el Espíritu, que infunde su gracia en el corazón de cualquiera. Puede que un niño sea más rico en gracia que yo, pero [se atreve a decir] el que guía soy yo»⁶⁵. No debemos escandaliz-

⁶² Hch 4, 8-10

⁶³ Hch 4, 15-20.

⁶⁴ L. Giussani, «Algo que se da antes», op. cit., p. 3.

⁶⁵ L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., p. 110.

zarnos de estas palabras de don Giussani, porque siempre combatió cualquier tentación de personalismo en el modo de concebir la obediencia (el personalismo es la enfermedad de todo tipo de asociacionismo humano) y nos enseñó que el seguimiento no es seguir a la persona, sino la experiencia que esa persona vive. Esto nos hace ser libres frente a la persona a la que obedecemos.

2. El florecimiento de la esperanza

La señal de la superación de la ruptura entre saber y creer es, por tanto, alcanzar una certeza que pueda sostener la vida. Y esto se ve por la esperanza. «Mientras que la fe es reconocer una Presencia cierta, reconocer con certeza esa Presencia, la esperanza es reconocer la certeza del futuro que nace de esa Presencia»⁶⁶. De la fe nace, como una flor, la esperanza. Entre nosotros se dan muchos signos de esta esperanza, pero desde el comienzo de la Escuela se ha puesto de manifiesto con evidencia la ambigüedad en la forma de concebir la esperanza. Muchas intervenciones en la Escuela de comunidad han mostrado que la esperanza se concibe como una capacidad nuestra, como el resultado de nuestras capacidades, hasta tal punto que, en cuanto nos damos cuenta de que no conseguimos los que queremos, la esperanza se viene abajo, porque yo soy el punto de apoyo. ¿Os dais cuenta? Utilizamos la Escuela de comunidad contra lo que la misma Escuela testimonia. Y como el libro de la Escuela no puede protestar por la reducción a la que lo sometemos, hacen falta testigos que puedan luchar contra esta reducción. Y entonces, cuando vemos el fracaso de nuestro intento, sólo nos queda el “¡Quién sabe!”, porque «el límite de la seguridad natural está en las palabras “¡Quién sabe!”»⁶⁷. ¡Qué verdad es lo que dice Péguy: «Para esperar hace falta haber recibido una gran gracia!»⁶⁸ Por eso, la esperanza es la prueba de la fe, de que hemos recibido la gracia de la fe, es decir, de que hemos reconocido una Presencia.

Nos lo recordaba el Papa el domingo de Pascua:

«A todos vosotros dirijo de corazón la felicitación pascual con las palabras de san Agustín: «*Resurrectio Domini, spes nostra*», “la Resurrección del Señor es nuestra esperanza” (*Sermón* 261,1). Con esta afirmación, el gran Obispo explicaba a sus fieles que Jesús resucitó para que nosotros,

⁶⁶ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 136.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 166.

⁶⁸ Ch. Péguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, Encuentro, Madrid 1991, p. 20.

aunque destinados a la muerte, no desesperáramos pensando que con la muerte se acaba totalmente la vida. Cristo ha resucitado para darnos la esperanza. [...] Por tanto, la resurrección no es una teoría, sino una realidad histórica revelada por el Hombre Jesucristo mediante su “pascua”, su “paso”, que ha abierto una “nueva vía” entre la tierra y el Cielo (cf. *Hb* 10,20). No es un mito ni un sueño, no es una visión ni una utopía, no es una fábula, sino un acontecimiento único e irrepetible: Jesús de Nazaret, hijo de María, que en el crepúsculo del Viernes fue bajado de la cruz y sepultado, ha salido vencedor de la tumba. En efecto, al amanecer del primer día después del sábado, Pedro y Juan hallaron la tumba vacía. María Magdalena y las otras mujeres encontraron a Jesús resucitado; lo reconocieron también los dos discípulos de Emaús en la fracción del pan; el Resucitado se apareció a los Apóstoles aquella tarde en el Cenáculo y luego a otros muchos discípulos en Galilea [...] En efecto, si Cristo no hubiera resucitado, el “vacío” acabaría ganando. Si quitamos a Cristo y su resurrección, no hay salida para el hombre, y toda su esperanza sería ilusoria»⁶⁹.

Si no podemos conocer verdaderamente que Cristo ha resucitado, si no podemos vencer la ruptura entre saber y creer, no hay posibilidad de esperanza para nosotros. Si no existe este conocimiento de la realidad, de la resurrección como hecho real, que se manifiesta a través del cambio que podemos ver ahora, que es el mismo que veían los que se encontraron con Pedro y con Juan, no hay posibilidad de esperanza para nosotros.

Únicamente porque Cristo ha resucitado, porque existe, podemos estar frente a la pregunta que formulaba don Giussani: «Estos deseos, ¿se verán satisfechos, sí o no? He aquí la cuestión. Estos deseos, que se producen conforme a las exigencias del corazón [deseo de lo infinito], podemos estar seguros de que se cumplirán [...] solamente en la medida en que uno se abandona, confía y se abandona a la Presencia que le ha indicado la fe [la presencia de Cristo resucitado]»⁷⁰. Esto significa que mi deseo se cumple sólo en la medida en que me abandono a la Presencia que la fe ha reconocido. Las exigencias del corazón dicen que el objeto que le corresponde existe; pero la certeza de cómo esto sucederá no la puede sostener nuestro corazón; la certeza de que esto sucederá sólo puede nacer de la Presencia que la fe reconoce. No nace de nosotros, sino de Él, de la Presencia excepcional que la fe reconoce. Por tanto, la forma de la respuesta a nuestro deseo es Cristo mismo. Cristo es la única esperanza de cumplimiento de nuestro afecto. Sólo Él es capaz de colmar, de satis-

⁶⁹ Benedicto XVI, *Mensaje Urbi et Orbi*, Pascua 2009.

⁷⁰ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 143.

hacer verdaderamente nuestro afecto, nuestro deseo de felicidad. Ninguna otra cosa es capaz de satisfacernos realmente. Por eso, la esperanza es el cumplimiento del afecto. Todos los hombres arden en deseos, pero qué difícil es encontrar a uno que diga: «Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugó, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua»⁷¹. Es decir, hombres conscientes de que sólo Él es capaz de colmar este deseo. ¡Por eso es necesario festejar a Cristo, celebrar que Él existe! Don Giussani dice que «lo primero a lo que tenéis que ayudaros es a festejar la evidencia de que el objeto último que constituye nuestra felicidad existe, de que se hizo hombre, de que es Cristo. Festejar que existe Cristo»⁷². ¿Quién lo puede festejar verdaderamente, no de modo formal? Aquel que comprende la verdadera naturaleza del deseo de su corazón (como decíamos esta mañana).

Una de las mayores dificultades que hemos encontrado en la Escuela de comunidad ha sido el punto de la “incertidumbre inevitable”. Don Giussani, que no nos esconde las dificultades de nuestro camino humano, afirma que «la certeza de la fe engendra la certeza de la esperanza; pero la manera en que esta certeza de la esperanza se produce en nosotros nos deja una especie de visión borrosa, una tribulación –como una duda, que no es duda, es incertidumbre–, porque no logramos imaginar, no conseguimos en absoluto perfilar cómo será ese futuro»⁷³. Por este motivo aparece una incertidumbre inevitable, porque existe un paso, una distancia entre el momento en que se introduce la esperanza en el encuentro con esta Presencia y el momento en el que se colma. Lo hemos visto en el *Monologo di Giuda*: «Pero pasaban los días / y su reino no llegaba; /yo le había dado todo / y él me traicionaba»⁷⁴. Judas se había hecho una imagen de cómo tenía que cumplir Jesús la esperanza que había suscitado en él. «Pero el tiempo de dar fruto / sólo lo conoce mi Señor»⁷⁵, como hemos cantado.

La alternativa es ésta: abandonarse a la Presencia o tratar de buscar la solución por nosotros mismos. «En cambio, la vida que se abandona a la fuerza del destino que se nos ha revelado en Cristo, que se abandona a la fuerza de Cristo, es una vida en la que domina el sentimiento de la leticia. [...] La alternativa, en la medida en que no hay esta certeza y abandono, es la lamentación. Pero no se trata del lamento que desgarrar el corazón del niño cuando sufre; es el lamento que cansa el corazón de

⁷¹ *Sal* 62, 2.

⁷² L. Giussani, *Afecto y morada*, Encuentro, Madrid 2004, p. 39.

⁷³ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 149.

⁷⁴ C. Chieffo, «Monologo di Giuda», en *Cancionero*, Comunión y Liberación, Madrid 2007, p. 345.

⁷⁵ C. Chieffo, «Il seme», en *Cancionero*, op. cit., p. 334.

quien se queja y el oído del que escucha; que llena de pesar la vida de todos los que nos rodean y que hace que nuestra vida resulte una condena no sólo para nosotros mismos, sino también para los demás: [...] una vida-lamento»⁷⁶. Debemos decidir si nos abandonamos a esta Presencia que hemos reconocido por la fe, que colma el deseo, la promesa, según un designio que no es el nuestro, o nos abandonamos al lamento. Debemos acompañarnos y ayudarnos en este punto.

¿De qué manera?

«El lugar de este acontecimiento [de la esperanza] es una compañía eclesial. Eclesial quiere decir gente que se une por Cristo. Nuestra compañía es únicamente amistad»⁷⁷. Pero prestemos atención a cómo concibe don Giussani la relación entre esta compañía y nuestro compromiso humano:

«O la certeza de lo que has encontrado es inteligente –consciente de sus motivos, de su valor, de lo que dice y de lo que vale– o bien carece de inteligencia –no conoce el valor de las palabras, no comprende–. En este segundo caso tienes miedo del futuro [¿lo veis? No se entiende, la fe no es conocimiento, y entonces uno tiene miedo del futuro]. Me he referido a ello cuando he hablado de la compañía como algo opuesto a la utopía. Si vives la compañía como utopía, [...] tienes miedo del futuro: “¿Quién sabe!”, “¿Quién sabe si sucederá o no!”. En cambio, si vives la compañía como lugar reconocido [¡atención!] en donde la razón y la libertad encuentran su defensa, su apoyo, su máxima expresión, entonces no»⁷⁸, no vence el miedo. La compañía no debe ahorrarnos el ejercicio de la razón y la libertad: debe ser el lugar en el que ellas encuentran su defensa, su apoyo. «Si miramos la compañía como lugar de relación con Cristo, entonces la compañía me hace estar seguro; si no miramos la compañía de esta forma, entonces me deja como un pobre iluso: la utopía. [...] Y] ahora, en medio del desastre general, de la confusión general, de la falta de certezas, en medio de la aridez actual, lo único que el hombre llega a imaginar que pueda darle un poco de consuelo es arrimarse a otros. Como decía Eliot: “Os apretáis juntos unos con otros”. Hay un coro de *La Piedra* de Eliot en el que se pregunta: “¿Qué diréis de esta ciudad que habéis construido? Nos apretamos juntos unos con otros”, para que el calor animal atenúe un poco el frío de la insignificancia de la vida»⁷⁹. Hay un modo de estar juntos

⁷⁶ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 164.

⁷⁷ L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., p. 267.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 286.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 287.

que no es justo ni adecuado. Por eso debemos estar juntos, para ayudarnos en este reconocimiento, en la defensa de la razón que nos permite superar la ruptura entre saber y creer, para que cada uno llegue a la certeza que le permite estar seguro de que Aquel que ha iniciado en él la «empresa buena, la llevará adelante hasta el día de Cristo Jesús»⁸⁰.

3. Cultura y misión

La superación última de la fisura entre saber y creer —lo apunto solamente, volveré sobre ello mañana— está en la forma de concebir nuestra expresión cultural, la cultura. Si queremos saber si en nosotros la fe es verdadero conocimiento, si se ha superado la fractura entre saber y creer, basta con observar cómo entramos en la realidad, cómo miramos las cosas, cómo nos relacionamos con todo. Esta mirada sobre las cosas y sobre las circunstancias es lo que llamamos cultura, es el punto de vista a partir del cual vivimos todo. Por tanto, la cultura es la prueba de la victoria sobre la separación entre saber y creer. Si permanece el dualismo entre saber y creer en la forma de mirar a nuestra mujer o la enfermedad, la crisis o el trabajo, entonces quiere decir que somos como todos. Si lo que domina nuestra mirada es la novedad que ha introducido la fe, entonces la vida es algo muy distinto.

«Una cultura no puede nacer más que de un gusto por vivir. [...] Nosotros hacemos cultura de Comunión y Liberación, hacemos cultura cristiana, cultura nueva [...] sólo en la medida en que nuestra experiencia de vida florece. No es ante todo una cuestión de erudición, no se trata de crear contenidos nuevos o imágenes extrañas y distintas; es cuestión de conciencia [que se expresa en todo aquello que nos afecta]»⁸¹. «Para testimoniar al mundo, para vivir la misión, hace falta mostrar que hemos cambiado, no hay otra forma»⁸².

Concluyo con Péguy: «Dios *necesita* de nosotros, Dios *necesita* de su criatura. Por así decirlo, se ha condenado de esta manera. Le hacemos falta, le hace falta su criatura. El que es todo necesita del que es nada. El que puede todo necesita del que no puede nada. Le ha entregado sus plenos poderes. El que es todo no es nada sin el que no es nada. El que puede todo nada puede sin el que nada puede»⁸³.

⁸⁰ *Fil* 1, 6.

⁸¹ L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza*, BUR, Milán 2006, pp. 33-34.

⁸² L. Giussani, *Afecto y morada*, op. cit., p. 133.

⁸³ Ch. Péguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, op. cit., p. 107.

Domingo 26 de abril, mañana

A la entrada y a la salida:

Wolfgang Amadeus Mozart, Gran misa en do menor, K 427

Herbert von Karajan – Berliner Philharmoniker

“Spirto Gentil” n. 24, Deutsche Grammophon

Don Pino. No sabemos cómo sucedió hace dos mil años, a qué hora, en qué rincón de la casa de la Virgen, pero desde nuestra nada, desde nuestra necesidad de significado, de verdad, de afecto, de positividad, estamos humildemente seguros de que lo que sucede ahora es lo mismo que comenzó en aquel instante. No sucede “como sucedió”, sino “lo que sucedió”.

Angelus

Laudes

■ ASAMBLEA

Davide Prosperi. Han llegado muchas preguntas y hemos constatado que la mayoría de ellas hacen referencia a tres cuestiones fundamentalmente: en primer lugar, ¿qué es la correspondencia? En segundo lugar, la petición de que profundicemos en un punto que se ha repetido varias veces en ambas lecciones, que es el tema de la falta de lo humano. En tercer lugar, el trabajo de la ascesis. Estas preguntas resultan sorprendentes, porque, si pensamos en el camino que hemos recorrido en estos años haciendo una insistencia continua sobre el yo, uno se pregunta por qué seguimos sin comprender.

Comienzo entonces con la primera pregunta: «Hemos comprendido lo que no es la correspondencia, hemos intuido que lo que corresponde instintivamente ha de ser sometido a un juicio para que se convierta en experiencia. ¿Qué es, entonces, la correspondencia?».

Julián Carrón. Voy a detenerme un instante a explicar qué es la experiencia, porque si no nos damos el tiempo necesario para comprender qué es, nos faltará el instrumento adecuado para poder hacer un camino humano. Y de aquí proceden todos los problemas, desde la forma de hacer la Escuela de comunidad, hasta el modo en que vivimos. Pues,

al vivir de este modo, nada es útil, porque si no juzgamos todo lo que vivimos –y no se comprende cómo se puede juzgar sin percibir si existe correspondencia–, entonces no hacemos un camino humano.

Recuerdo que ésta fue para mí la cuestión más decisiva del encuentro con el movimiento, porque ponía en mis manos el instrumento necesario para poder hacer un camino humano. Sin esto no se entiende ni siquiera la fe. Por tanto, tomémonos algunos minutos para volver a empezar a partir de aquí. ¡Porque no se trata de la última nota de la última página del vigésimo libro de don Giussani! Es el comienzo de *El sentido religioso*: qué es la experiencia⁸⁴.

Así pues, sirviéndonos de los medios técnicos adecuados, comencemos. ¡Volvemos a la escuela, amigos!

EXPERIENCIA

Habitualmente, nos dice don Giussani (como escuchamos ayer), reducimos la experiencia a sentir, a probar. Creo que esto se entiende bien en vuestra pregunta: para que exista experiencia, no basta con probar.

PROBAR

Cuando daba clase, les ponía a mis alumnos este ejemplo: imaginad que estáis aprendiendo un cierto tipo de problema de matemáticas y el profesor, después de habérselo explicado, os da un ejercicio para que lo hagáis en casa. ¿Os acordáis de lo que hacíais cuando erais pequeños? Llevabais a casa la tarea y tratabais de responder al problema. Pero cuando terminabais el problema, ¿estabais seguros de haberlo resuelto de forma adecuada? Evidentemente no. Y si lo hubierais hecho cinco veces en vez de una, ¿estaríais seguros de haberlo resuelto mejor que la primera vez? No. ¿Y si lo hubierais hecho doscientas mil veces? Tampoco. ¿Qué quiere decir esto? Que si me limito a intentarlo (es decir, si intento resolver el problema un montón de veces), al final no estaré seguro de haber aprendido algo.

⁸⁴ Cfr. L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 17-28.

La vida puede convertirse en esto: un conjunto de pruebas, de intentos en los que no aprendemos nada. ¿Comprendéis por qué don Giussani insiste en este punto? Si nos quedamos únicamente en probar, no aprendemos nada de la vida; lo que vivimos no llega a ser experiencia en nosotros.

Para que este probar se convierta en experiencia es necesario –segundo factor– emitir un juicio.

PROBAR + EMITIR UN JUICIO

Volvamos a nuestro ejemplo: al volver al día siguiente a la escuela comparábamos nuestro trabajo con la solución que el profesor ponía en la pizarra. Así podíamos comparar nuestro intento (nuestra prueba) con la respuesta exacta. Sin juzgar no puedo comprender, no puedo estar seguro.

¿Está claro hasta aquí? Podemos entender por qué don Giussani insiste en el hecho de que no podemos aprender nada, no podemos vivir una experiencia verdadera, si nos quedamos únicamente en probar y no emitimos un juicio sobre lo que probamos.

Pero para emitir un juicio –esto es evidente– hace falta un criterio de juicio.

CRITERIO DE JUICIO

Considerando de nuevo nuestro ejemplo, ¿quién nos daba el criterio de juicio? El profesor.

Aquí surge la gran cuestión que afronta don Giussani: ¿existe algún profesor que pueda darme el criterio para juzgar lo que pruebo en la vida? Si hay algún gurú que tenga esta pretensión, es un presuntuoso, y además me toma el pelo. Sería como decir: «Pobrecillo, no entiendes nada: ya te lo explico yo». Esto es lo que sucede cuando confiamos a otro el criterio de juicio. Y si confiamos a otro el criterio de juicio, somos esclavos de otro, estamos –como explica don Giussani– alienados. Por eso, se puede defender a la persona, se pueden defender todos los derechos del hombre, todo lo que queráis, pero si negamos que la persona tiene en sí el criterio de juicio le quitamos su dignidad. Porque es como decir: «Eres un poco tonto: ya te lo explico yo». Existe una forma de estar entre nosotros que es precisamente ésta: «Tú no entiendes,

te lo explico yo». Pero esto no funciona, porque en el fondo estamos alienados y no terminamos de salir de un estadio “infantil”: tenemos que preguntar todo al responsable. No me interesa un movimiento así, porque va contra el criterio de juicio que señala la primera página de *El sentido religioso*, ¿entendéis? Es decir, va contra aquello que don Giussani nos propuso.

Entonces, ¿cuál es el criterio de juicio? El criterio de juicio no puede estar fuera de nosotros, pues de otro modo estaríamos alienados. El criterio de juicio tiene una primera característica: está dentro de nosotros.

CRITERIO DE JUICIO

- Dentro de nosotros

Os pongo algún ejemplo para que podáis comprenderlo mejor.

Supongamos que, debido a un accidente, Davide tiene el brazo escayolado. Va al médico y le dice: «Mire doctor, la escayola me hace mucho daño, me duele mucho». El médico le responde: «No te hace daño. Es imposible que te haga daño: ¡soy el Premio Nobel de la escayola! Es imposible que haga daño». ¿Podría Davide volver a casa diciendo: «No me hace daño: es el Premio Nobel de la escayola y, por tanto, no me hace daño»? Yo puedo ser un poco memo, pero sé perfectamente si la escayola me hace daño, ¿entendéis? El criterio está dentro de mí, no fuera de mí, en algún gurú o experto. Hasta tal punto que, si insiste, ¡me busco otro médico! ¿Es otro el que me tiene que decir cuándo algo me hace daño, o soy capaz yo solo –aunque pueda ser un poco tonto– de llegar hasta ahí?

Se podría objetar: «Sí, es cierto, el ejemplo de la escayola es facilísimo porque se entiende bien, pero, ¿y la libertad?». Si viene uno y me dice que la libertad es que yo me quede en la cárcel para el resto de mi vida, porque en el ultimísimo congreso de Filosofía los mayores genios del universo así lo han establecido, ¿me iría a la cárcel? Todos sabemos qué es la libertad. ¿O tal vez iríamos a la cárcel porque lo han decidido los expertos?

Podríamos estar hasta mañana poniendo ejemplos.

El criterio está dentro de nosotros.

Entonces –y aquí viene la segunda característica–, ¿cada uno decide según su parecer? No: el criterio está dentro de nosotros, ¡pero no lo decidimos nosotros!

CRITERIO DE JUICIO

- Dentro de nosotros
- Pero no lo decidimos nosotros

El criterio de juicio no lo decidimos nosotros. Ni siquiera decidimos –es el ejemplo que siempre he puesto– el número de nuestro pie. El criterio para elegir los zapatos adecuados está dentro de mí, pero no lo decido yo. Si pudiésemos decidirlo, ¡imaginaos lo que ahorraríamos en rebajas (pero no habría rebajas, porque cada uno adaptaría el criterio de juicio)! Nos da la risa, pero es así. Y es tan evidente que no lo decidimos nosotros, que debemos someternos al criterio que encontramos en nosotros: no hay más zapato que el que me corresponde. Por tanto, el criterio está dentro de mí, está en mi pie, hasta el punto de que si me pongo un zapato que me queda pequeño, el pie grita: «¡No es este zapato!». Es un juicio: «No es éste». ¿Es esto objetivo o lo decidimos nosotros? (Algunos me han dicho que lo deciden ellos: «Compro los zapatos más baratos y a lo mejor luego ceden». Bueno, es tal la confusión que podemos llegar hasta esta locura). El criterio de juicio está dentro de nosotros, pero no lo decimos nosotros, es objetivo.

Y, ¿cuál es el criterio de juicio que tenemos dentro y que no decidimos nosotros, que nos permite entrar en todo y poder tener una experiencia verdadera, es decir, emitir un juicio sobre lo que probamos? Don Giussani lo llamó “experiencia elemental”: el conjunto de exigencias y evidencias que constituyen nuestra humanidad (verdad, justicia, amor, felicidad).

EXPERIENCIA ELEMENTAL
Conjunto de exigencias y evidencias
(verdad, justicia, amor, felicidad)

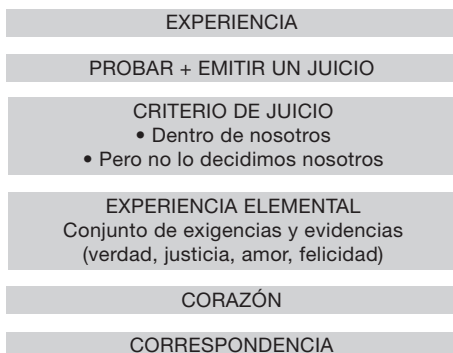
Podemos utilizar sintéticamente la palabra bíblica “corazón”, que no se reduce sólo a sentimiento, como ocurre en el lenguaje común, sino que es el conjunto de razón y de afecto. Precisamente a esto se refiere don Giussani cuando habla del conjunto de exigencias y de evidencias.

CORAZÓN

Este criterio, la experiencia elemental, es objetivo. Y aquí cada uno debe buscar en su experiencia ejemplos de lo que decimos. Muchas veces pensamos: si consiguiese encontrar ese trabajo, o (cuando éramos más jóvenes) si pudiese ir a esa fiesta... Muchas veces, el trabajo o la fiesta habían ido fenomenal, y sin embargo volvíamos a casa tristes.

Como dice Giacomo Leopardi en *La noche del día de fiesta*: «Ya entonces, como ahora, se me oprimía el corazón». Cuántas veces las cosas nos van fenomenal, tenemos todo lo que proyectamos, y no nos basta. ¿Habéis experimentado esto alguna vez? ¿Veis como no es subjetivo? Sucede exactamente igual que con los zapatos: es tan objetivo que, si no encuentro correspondencia, no estoy a gusto.

Por eso la palabra clave es la palabra correspondencia.



Tengo dentro de mí el criterio para saber qué es lo que corresponde a las exigencias de mi corazón. Pero con frecuencia nos detenemos en el mero sentir, en probar (siento nostalgia, tengo deseo de poseer), y entonces decimos: «Esto es lo que me corresponde». Esta es la modalidad con la que se justifica entre nosotros cualquier tipo de instintividad (digámoslo claramente). Pero esto es una tomadura de pelo, en primer lugar para ti. No simplemente porque te equivoques moralmente: te equivocas moralmente porque no te corresponde, aunque te rías de la moral. Porque el problema no es que te rías de la moral, ¡es que te acaba dominando el nihilismo! El problema de la moral es nada comparado con el nihilismo en el que caemos respecto a la evidencia que cada uno lleva dentro.

Sentir nostalgia o deseo de poseer no es todavía experiencia. Ahí se suscitan las preguntas: ¿es esto la felicidad? ¿Coincide esto con mis exigencias, con el criterio que tengo dentro de mí? Es como cuando vas a probarte unos zapatos: ¿corresponde este par con la exigencia de mis pies?

La confusión en la que vivimos se refleja nítidamente en el modo con el que utilizamos la palabra “correspondencia”. Lo veía con claridad cuando me invitaban a celebrar una boda, y en la conversación con los novios salía a la luz que, en el fondo, cada uno pensaba que el otro podía hacerle feliz. Y entonces yo les ayudaba a entender que el otro no te hace feliz, porque tu exigencia de felicidad —esa experiencia elemental que hay en ti, esa exigencia de verdad, de belleza, de justicia— es más grande que todo el universo, y que experimentar la insuficiencia y la vanidad de las cosas es la cuestión más grande de la vida.

¿Comprendéis por qué don Giussani nos invitaba a leer a Leopardi? Lo hacía para que pudiésemos comprender en qué consiste esa exigencia elemental que Leopardi tenía tan presente, tan carnalmente presente. Me llena siempre de asombro que don Giussani, con trece años, no encontrarse mejor compañero de camino que Leopardi. ¡Qué tipo de experiencia tenía don Giussani de su humanidad para no encontrar otro compañero de camino que uno que decía esto: que todo es poco, pequeño, para la capacidad del alma! Y don Giussani nunca se cansó de repetírnoslo, ¡pero no lo entendemos! Todo es poco, pequeño, para la capacidad del alma: la mujer, el trabajo, el éxito, la política... ¡Todo es poco, pequeño, para la capacidad del alma! Si no comprendemos esto, somos como todos. ¿Por qué? Porque confundimos lo que nos apetece con lo que nos corresponde. Y si no empezamos a juzgar, nos engañamos constantemente: no sólo porque hagamos el mal o porque no seamos coherentes con una norma moral. Te engañas —y eso es todavía peor— porque nunca te corresponderá, no corresponderá a la exigencia de felicidad que hay en ti. ¡Debemos decidir si queremos tomarnos en serio el deseo de felicidad, la experiencia elemental que hay dentro de nosotros, si queremos tomarnos en serio nuestra humanidad! ¿O acaso queremos hacer —como hacen todos— lo que nos da la gana? Para eso no tenemos necesidad de venir aquí y, luego, salir diciendo que lo hacemos porque «nos lo ha dicho Carrón» ¡Anda ya! Sobre la correspondencia yo sólo he dicho, y sólo puedo decir, lo que estoy diciendo ahora. No nos tomemos el pelo.

Entenderéis entonces el gran trabajo que aún debemos realizar si tenemos un mínimo de ternura con nosotros mismos, un afecto verdadero por nosotros mismos, si queremos nuestro bien, nuestra felicidad, la felicidad de nuestros amigos, la de nuestros hijos, la felicidad del mundo. Si nosotros no convertimos en experiencia lo que vivimos, no podremos comprender cuál es la diferencia entre lo primero que nos pasa por la cabeza (nuestras imágenes) y Cristo. Porque, al final, si el criterio es sólo lo que me apetece, Cristo se convierte en un pensamiento que me

apetece y me gusta más o menos; no es Aquel que hace posible la correspondencia de la que hablaba don Giussani, la única correspondencia verdadera, la que es imposible para el hombre si no se encuentra con Él. Por eso es necesario celebrar a Cristo, festejar a Cristo.

Si no vivimos así, es comprensible que muchas veces estemos confundidos en relación con aquello que hemos encontrado. Porque, o no lo hemos experimentado, o nos resistimos a reconocer lo que verdaderamente nos corresponde, y entonces nos vemos en la necesidad de justificar cualquier instintividad nuestra. ¿Está claro?

Prosperi. Las siguientes preguntas se entienden mejor a la luz de lo que has dicho.

Segunda pregunta. «Falta lo humano: esta expresión ha aparecido muchas veces en tus lecciones. ¿Qué significa, por el contrario, vivir de forma humana? A veces parece que esta palabra tiene contornos un poco desdibujados. ¿Qué nos ayuda a distinguir lo humano, en el sentido que tú dices, de las continuas imágenes que inevitablemente nos surgen?».

Carrón. Como podéis ver, la confusión está en el criterio de juicio, porque el criterio no nace de lo que siento, sino ante aquello que siento: se da en mí, que estoy comprometido humanamente con aquello que siento. Por eso hace falta lo humano. Si yo reduzco mi humanidad únicamente a lo que me apetece, la confusión crece constantemente.

Gracias a la correspondencia, uno empieza a tener un criterio para juzgar más allá de las imágenes cuándo está verdaderamente presente lo humano y cuándo no. Pero, ¿cuántas veces os ha pasado que volvéis de una fiesta, o que acabáis de conseguir un trabajo, o que habéis terminado la universidad, y experimentáis sin embargo una profunda insuficiencia? ¿Es necesario que os diga yo la experiencia que vivís vosotros? ¿Acaso no la compartimos todos?

La cuestión es si nosotros, cuando nos damos cuenta de esto, somos leales con la experiencia que vivimos, con lo que sale a la luz en la experiencia. Porque para seguir yendo tras las cosas que nos apetece debemos negar la experiencia de la no-correspondencia. ¡Y no es que no tengamos todas las alarmas encendidas, todas! Somos perfectamente conscientes de la diferencia que hay entre nuestras imágenes y el verdadero juicio de correspondencia.

Es necesario que nos ayudemos en este sentido, que nos desafemos constantemente a hacer este trabajo, para evitar quedarnos siempre en la

confusión, que se ve agravada por la situación general de la que hablábamos ayer. Por eso es necesario hacer un trabajo verdaderamente serio. Si no empezamos a vivir una verdadera experiencia y a ser leales con ella —para distinguir lo que me apetece de lo que me corresponde—, estaremos cada vez más confundidos. Y esto tiene sus consecuencias: hacemos lo que nos apetece y no estamos contentos, alcanzamos lo que anhelábamos y no estamos contentos. Es decir, falta la correspondencia con el corazón. ¿Cómo podemos llegar a distinguirla? Podemos hacerlo siendo leales con nuestra experiencia. No tengo que explicároslo ahora: mirad vuestra experiencia. Es como el ejemplo de la escayola: no tengo que explicaros yo si os hace daño o no. ¿Sabéis o no cuándo os hace daño la escayola? ¿Sabéis o no cuándo os sentís verdaderamente realizados en vuestra vida? Si no llegamos a juzgar lo que nos pasa (si no vemos lo que nos corresponde), estaremos cada vez más confundidos.

Prosperi. «¿Podrías profundizar en el concepto de ascesis, entendido como trabajo de la inteligencia y de la voluntad? ¿Cómo sostiene este trabajo la certeza de que Cristo salva mi circunstancia? ¿Cómo sostiene la compañía el trabajo personal de la ascesis?».

Carrón. Don Giussani nos dijo que el trabajo de la ascesis consiste en juzgar. La única forma de empezar a vivir una experiencia de liberación es juzgar. Si no juzgamos, estaremos cada vez más confundidos y bloqueados. La vida es este juicio continuo sobre todo lo que sucede. Debemos decidir si participamos o no en esta aventura que nos ha ofrecido don Giussani, pues, si no lo hacemos, nos limitamos a repetir sus frases sin comprender, y a la larga esto acaba hartándonos, porque no cambia nada en nuestra vida; es como si ya no pudiésemos aprender nada de la vida.

El trabajo de la ascesis es esta comparación constante entre lo que tengo en mi cabeza, mis imágenes, lo que pienso que es la vida, lo que creo que me hace feliz, y aquello que realmente me hace feliz. ¿Es necesario que os lo explique de nuevo, o lo reconocéis vosotros mismos? Ponerse en juego de esta manera es la decisión de la vida. Nuestra vida, pertenecer al movimiento, es participar en esta aventura. En caso contrario, el carisma estará muerto y sepultado —¿entendéis?—, más allá del hecho de que estemos aquí veintiséis mil personas, porque no estaremos viviendo lo que nos ha comunicado don Giussani como experiencia, como camino humano. Y ésta es la gran decisión que debemos tomar al final de los Ejercicios: ¿estamos dispuestos a hacer este trabajo, a

participar en esta aventura del conocimiento (de modo que podamos empezar a distinguir lo blanco de lo negro), o no? Porque hacer este juicio es lo que más nos cuesta. Y luego, como no juzgamos, le pedimos a otro que nos resuelva los problemas.

¿De qué manera nos sostiene la compañía? Nos sostiene si, en vez de explicarnos las cosas, nos desafía. ¿Qué hizo Jesús con los discípulos? ¿Acaso les ahorró el trabajo de hacer un juicio? Desde el primer instante les dijo: «Venid y veréis: juzgad vosotros mismos». No perdió ni un minuto explicando. Les dijo: «Venid y veréis: juzgad vosotros mismos». Jesús parte del presupuesto de que ellos no son tan tontos como para no comprender si lo que ven les corresponde o no. Y cuando todos Le abandonan —en el episodio al que hemos hecho referencia tantas veces—, tampoco ahí les ahorra Jesús el trabajo: «¿También vosotros queréis marcharos?». No dice, cuando se queda solo con sus discípulos: «¡Por lo menos quedaos vosotros, por favor, no me dejéis solo!». Se arriesga a quedarse solo, con tal de no ahorrar a los suyos el trabajo de este juicio: «¿También vosotros queréis marcharos?». Al decirles esto, ¿les está animando a que se vayan? No, les está ayudando a hacer ese trabajo de ascesis: porque sin esta pregunta de Jesús, los discípulos habrían podido quedarse en cualquier caso, pero de modo formal, sin comprender. Al desafiarles, ¿qué hace Jesús? Les hace tomar conciencia de la experiencia que han vivido, y hace salir de las entrañas de su experiencia la razón por la que permanecen: «Si nos vamos, ¿a dónde iremos?».

Esta conciencia pudo salir a la luz gracias a Uno que era verdaderamente un amigo: no se puso a explicar, les desafió, y de esta forma ellos se quedaron con una conciencia y una certeza que antes no tenían. Entre nosotros, ¿existe una amistad así o no? Si no es así, nos tomamos el pelo, porque la amistad es el desafío constante a entablar relación con el Misterio. Esto es lo más impresionante de don Giussani, porque es el único que toma en serio todos los factores de lo que el Misterio nos ha dado (un corazón para juzgar todo). Nos sitúa en las mejores condiciones posibles para hacer frente al desafío que Jesús planteó a sus discípulos: «¿Queréis marcharos o no? ¿Tengo que explicaros lo que soy para vosotros? ¿Qué habéis sacado de la experiencia? ¿Qué habéis conocido?». Al actuar así, se puso de manifiesto en ellos la razón para permanecer. Nosotros no seguiremos siendo cristianos, nuestra fe tendrá fecha de caducidad —os lo aseguro—, si no hacemos este trabajo, porque si no sabemos por qué permanecemos aquí, cuando cambie nuestro estado de ánimo, nos dará por pensar que en otro sitio se está

mejor. Sin este trabajo de ascesis no comprendemos la razón última por la que estamos aquí.

Prosperi. «Decías que no falta Cristo, sino lo humano. Así pues, parece que lo humano es una condición previa para reconocer a Cristo como respuesta a las exigencias del corazón, mientras que si miro mi experiencia, me doy cuenta de que mi humanidad ha podido florecer en el encuentro con Cristo, y de que antes estaba mucho más encogida y era incapaz de reconocer mis exigencias originales. ¿Puedes aclarar esta relación entre Cristo y lo humano?».

Carrón. Para poder reconocer a Cristo, para poder reconocer la diferencia que supone Cristo, hace falta que a la vez se dé lo humano⁸⁵. Y lo humano lo tenemos todos. Nadie puede decir que no tiene lo humano, porque querría decir que no es una persona. En definitiva: ¡dejemos ya de decir que no lo tenemos! Lo humano lo tenemos todos –podemos usarlo o no, pero éste es otro problema–, y por eso podemos reconocer a Aquel que nos corresponde. Si cada uno de nosotros piensa por qué está aquí, se dará cuenta de que por lo menos ha vislumbrado de alguna forma que en el encuentro con ciertas personas había una esperanza para él: que la vida podía ser más grande, más bonita, podía ser vivida de una forma más humana. Esta condición existe porque Dios, que había decidido hacernos partícipes de la felicidad enviando a Su Hijo, nos ha constituido con este corazón para que pudiésemos reconocerLe cuando nos encontrásemos con Él. Se hallaba todo dentro del designio de Dios: nos ha hecho para Él, para una plenitud que sólo Él puede darnos. Nos lo dice la primera página de la Biblia: nos ha creado a imagen Suya, es decir, nos ha hecho para Él. En aquel Jardín estaba ya contenida toda la estructura del yo: nos hizo para la convivencia con Él, para encontrar la felicidad en la relación con Él. Según toda la tradición cristiana, nuestro yo es este deseo de belleza, de plenitud, que encuentra su cumplimiento en el Único

⁸⁵ Ver L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana* (Encuentro, Madrid 2001, p. 9): «Para afrontar el tema de la hipótesis de una revelación y de la revelación cristiana, no hay nada más importante que la pregunta sobre la situación real del hombre. No sería posible apreciar plenamente qué significa Jesucristo si antes no apreciáramos bien la naturaleza del dinamismo que hace del hombre un hombre. Cristo se presenta, en efecto, como respuesta a lo que soy “yo”, y sólo tomar conciencia atenta y también tierna y apasionada de mí mismo puede abrirme de par en par y disponerme para reconocer, admirar, agradecer y vivir a Cristo. Sin esta conciencia incluso Jesucristo se convierte en un mero nombre».

que le corresponde. Por eso, hasta que no lo encontremos, nuestro corazón estará inquieto. Entonces sí, –dice don Giussani, y nos ahorra muchos razonamientos– para reconocer a Cristo es necesario lo humano, que consiste en la comparación que uno hace entre la exigencia de belleza que tiene dentro y todo lo que encuentra.

Y es también verdad lo que dice la segunda parte de la pregunta: que el encuentro con Cristo hace florecer lo humano. Hace florecer lo humano porque me hace consciente de lo que deseo, me despierta. Por eso mucha gente se enfada con el movimiento: «Me ha despertado lo humano y luego no cumple». ¡Pero si te lo ha despertado! Si nos lo ha despertado, somos aún más nosotros mismos, más humanos y, por tanto, más capaces de percibir la correspondencia. Por tanto, cuanto más vive uno la experiencia cristiana, cuanto más vive uno la relación con Cristo, tanto más sale a la luz la amplitud de su deseo. No sólo no se cancela el deseo en la relación con Él; es más, como Él es el que me atrae más, el que me satisface más, el que más feliz me hace, entonces sale más a la luz todo mi deseo. Por eso me asombra que luego digamos que nos corresponde cualquier cosa. Este florecimiento del yo –como podéis ver– es la condición necesaria para reconocer a Cristo. Por eso tengo necesidad de encontrarme con Él cada mañana. ¿Qué sería un día –después de haberme encontrado con Él– en el que yo no pudiese hacer memoria de Él? ¿Qué sería una mañana sin poderle decir Tú a Cristo? Como para uno que se ha enamorado, ¿qué sería una mañana sin la persona a la que ama? O para un niño, ¿qué sería la vida si no pudiese mirar el rostro de su madre?

Entonces la memoria de Cristo no es añadir otra carga más («¡Uf, también tengo que hacer memoria!»). Soy yo el que te pregunto: pero, ¿cómo consigues vivir sin hacer memoria? ¿Cómo consigues mirarte a ti mismo, tener un afecto verdadero hacia ti mismo sin hacer memoria de Cristo después de haberLe conocido y de haber visto que es el único que satisface la vida, el único que corresponde verdaderamente a la exigencia de felicidad, de compañía que tienes? ¿Cómo lo consigues? ¿Cómo puedes vivir sin hacer silencio? Porque para nosotros el silencio nace del Acontecimiento, porque uno se queda sin palabras ante esta correspondencia: pero, ¿quién eres Tú, Cristo, que eres capaz de llenar mi vida de esta forma? Todo se llena de silencio, Tu Presencia me llena de silencio. Te quedas sin palabras, como cuando te encuentras ante una experiencia de belleza, de plenitud, de gratuidad, que te impresiona hasta tal punto que te deja sin palabras. En eso consiste el silencio. El silencio cristiano nace de la Presencia, de la plenitud de la Presencia: no tengo nada que decir, sólo pudo guardar

silencio para no perderLe. Si no sentimos la necesidad de este silencio, no quiere decir que no seamos buenos “cellinos”, sino que no ha sucedido y no sucede nada que nos llene de silencio. No se trata de una serie de preceptos: todo nace como expresión del Acontecimiento que llena la vida de silencio.

Prosperi. Has dicho que la forma de la respuesta a nuestro deseo es Cristo mismo. «Cuando uno se encuentra mal en el trabajo y desea uno mejor, o bien desea conocer a una mujer con la que formar una familia, o bien los esposos desean un hijo, ¿qué quiere decir que la forma de la respuesta a nuestro deseo es Cristo mismo? Cristo es la consistencia de mi vida, pero, ¿qué significa que es la forma de mi deseo?».

Carrón. ¡Lo que verdaderamente deseo es a Cristo mismo! Confundimos muchas veces el deseo último del corazón con nuestros deseos parciales; sin embargo, tenemos un trabajo y no nos basta, nos casamos y no nos basta, tenemos hijos y no nos bastan. ¿Por qué no nos bastan? Porque lo que deseamos –como dice Leopardi– es algo más grande. En esto consiste nuestra grandeza, y nosotros tratamos siempre de reducirla, porque nuestra grandeza es la grandeza de nuestro deseo. La verdadera grandeza del hombre, el verdadero misterio del hombre, la verdadera paradoja del hombre es que, siendo limitado, desea el infinito. Y esto es lo que no comprendemos, amigos. Si no comprendemos que lo que deseamos es el infinito, decidme entonces: ¿por qué deberíamos ser cristianos? ¿Por qué deberíamos perder el tiempo estando aquí? Si no experimentamos que el Misterio nos ha hecho para llenarnos de una felicidad absolutamente más allá de todas nuestras previsiones, entonces, ¿por qué merece la pena ser cristianos?

Si bien es legítimo tener todos estos deseos parciales, el único que verdaderamente cumple el deseo de infinito que nos constituye es Él. Por eso la forma de la respuesta a nuestro deseo es Cristo. Si no es así ¿qué significa para nosotros el encuentro con Él? No habremos comprendido el alcance del encuentro con Cristo y, por tanto, no tendremos claro el carácter razonable de nuestra adhesión de fe. Hablo de fecha de caducidad cuando no comprendemos cuál es la verdadera cuestión en la que nos ha educado don Giussani cuando cita a Pavese: lo que buscamos en los placeres es lo infinito y nadie podrá dejar nunca de buscar esta infinitud. Esta es nuestra experiencia: que podemos tener todo lo que queremos, pero no nos basta, y cada vez nos damos más cuenta de que no nos basta. ¿Por qué podemos decir que no nos basta? Porque es

tan objetivo el criterio que llevamos dentro, que se nos hace evidente que lo que deseamos es más grande que lo que conseguimos obtener por nuestros medios. He aquí la paradoja: que nuestro corazón es este deseo, pero nosotros somos limitados y todo lo que hacemos es pequeño, limitado, y es incapaz de satisfacer nuestro deseo de infinito. Y por eso, o existe Cristo (Uno que viene de fuera y llena el corazón) o podemos empezar a llorar, porque lo que deseamos no existe. Por eso sólo puede festejar a Cristo aquel que comprende cuál es la naturaleza infinita de su deseo. Personas como Leopardi, san Agustín o la Samaritana.

Hasta que no nos demos cuenta de esto, no podremos comprender la gracia que hemos recibido al conocer a Cristo; no nos sorprenderemos de que Alguien haya tenido piedad de nuestra nada y nos haya dado esa gracia, absolutamente inesperada, que ninguno de nosotros merece y que muchos hombres buscan a tientas. Nosotros hemos recibido la gracia, pero muchas veces es como si no la hubiéramos recibido, porque vivimos confundidos, pensando que cualquier cosa puede responder a la naturaleza, a la profundidad, a la amplitud de nuestro deseo. Cuando digo que falta el deseo en la vida digo que no comprendemos cuál es la naturaleza de nuestro deseo. Nos falta el sentido del Misterio.

Esto nos hace conscientes de que o hacemos este trabajo, estas ascesis, o entonces no podremos estar contentos (aunque consigamos obtener lo que obtienen los demás), y, sobre todo, no comprenderemos verdaderamente y no nos llenará de alegría el hecho de que Cristo exista. Y de haber conocido a don Giussani.

Prosperi. «Querriamos comprender mejor la afirmación de que uno sigue no a la persona, sino la experiencia de la persona, para evitar que esto se convierta en una coartada última para aplicar la propia medida. Por ejemplo, si sigues a la persona y ésta te desilusiona o te traiciona, a menudo nace una objeción con respecto a la experiencia».

Carrón. Es necesario comparar con lo que uno vive. Don Giussani nos comunicó la experiencia que él vivía, y su experiencia es verdadera aunque yo mañana pueda traicionarla. Es verdad y siempre será verdad, porque lo que hace que una cosa me corresponda no es lo que yo digo o lo que dice don Giussani, sino lo que cada uno de nosotros prueba en su propia experiencia cuando la juzga. Por eso uno sigue la experiencia de otro, que se la comunica como puede, a tientas. No se sigue a la persona por un personalismo, porque “lo ha dicho el responsable”. ¡Esto no es humano, no es humano! Pero si él te está comunicando una experiencia

que está viviendo y a ti te interesa aprender, seguirle coincide con seguir la experiencia que él vive, de forma que pueda convertirse también en experiencia tuya. Y seguirá siendo tuya aunque él la traicione. Yo no quiero que repitamos las frases de don Giussani (o las mías), sino que su experiencia llegue a ser nuestra, se haga nuestra, porque cuando queremos algo, queremos que sea nuestro, como deseábamos que lo que nos explicaba el profesor de matemáticas llegara a ser nuestro. ¿Acaso no lo deseáis? Lo dice don Giussani explicando la obediencia: seguir hasta que, llegados a un cierto punto, uno se sigue a sí mismo sorprendido por la experiencia que vive otro; porque al seguir, el otro se hace uno conmigo, de modo que al final me sigo a mí mismo provocado por la experiencia de otro. Si no vivimos así, seguimos repitiendo las frases de don Giussani, pero no vivimos la experiencia que el vivió.

Nosotros seguimos la experiencia que vive una persona. Y esto no quiere decir que nos quedemos en una medida nuestra, porque si uno se queda en su propia medida es porque quiere, y va contra lo que emerge con claridad en la experiencia que vive. Y si luego quiere justificarlo con la excusa de los errores de los demás, es su problema.

Prosperi. «Si el cristianismo es el Acontecimiento, ¿qué sentido tiene comprometernos en la defensa de los valores cristianos?».

Carrón. Éste es el tercer punto de la segunda lección, y quiero detenerme un instante para profundizar en él: es la cuestión de la cultura. Me parece que ahora, después del recorrido de este año, podemos comprender un poco mejor lo que está en juego.

Consideremos, por ejemplo, la experiencia que hemos vivido en relación con el asunto de Eluana. ¿Qué hemos hecho en muchas ocasiones? Algo justísimo, desde un cierto punto de vista: hemos defendido el valor de la vida. Pero yo os pregunto sinceramente: si alguno de nosotros hubiese estado en esa situación, ¿le habría bastado defender la vida? ¿Habríamos podido estar ante una situación así únicamente con la defensa del valor de la vida? ¡Decídmelo!

Mirad, amigos: ¿qué hizo don Giussani con nosotros para defender la vida? Nadie puede decir que él no afirmara la importancia de la vida, la importancia del hombre y de la persona. Pero para hacernos comprender esto –lo digo sintéticamente– nos comunicó una “fiebre de vida”. Para explicarnos qué es la vida, cuál es el valor del hombre, ¡Cristo se hizo carne, se hizo hombre! Los principios y los valores se han hecho carne y sangre, como afirma el Papa continuamente. Pero

con frecuencia nosotros, como no entendemos que los principios y los valores los hemos comprendido gracias al encuentro con Cristo en el movimiento, que ha llenado nuestra vida de significado, entonces cambiamos de método. El Misterio ha utilizado con nosotros un método para hacernos comprender (y que nosotros hemos experimentado en el encuentro), y nosotros queremos aplicar a los demás un método distinto. ¡Es la prueba más evidente de que no hemos comprendido la importancia cognoscitiva del encuentro, es decir, que a nosotros el amor por la vida nos viene del encuentro que hemos tenido!

Lo expresaba perfectamente Romano Guardini en su libro *El ocaso de la Edad moderna*: «Desde el comienzo de los tiempos modernos se está elaborando una cultura no-cristiana. Durante mucho tiempo la negación se ha dirigido únicamente contra el contenido mismo de la Revelación; no contra los valores éticos, individuales o sociales que se han desarrollado bajo su influencia [durante mucho tiempo se han defendido los valores con independencia de la fe que se profesara]. Es más, la cultura moderna ha pretendido descansar precisamente sobre esos valores». Los ilustrados no querían abolir los valores cristianos, habían comprendido que eran una consecuencia del hecho más grande que había sucedido en la historia, pero no querían seguir a la Iglesia, no querían seguir reconociendo a Cristo como algo decisivo para la vida. Entonces defendían los frutos que Cristo había traído separándolos de su origen. Quisieron hacer un cristianismo sin Cristo, defendiendo los valores cristianos prescindiendo de su fuente, del lugar de donde brotaban. «Pero en realidad estos valores [...] están ligados a la Revelación», y esto se entiende fácilmente, porque pensaríamos como todos si no hubiésemos conocido el movimiento. ¿Qué habríamos dicho sobre el asunto de Eluana si no hubiésemos conocido movimiento? Decidme... ¡Lo mismo que todos! «De esta forma se liberan en el hombre fuerzas que son de por sí “naturales” [nosotros podemos alcanzar casi de forma natural el reconocimiento de estos valores], pero que no se desarrollarían al margen de esa economía [del cristianismo]. El hombre llega a ser consciente de valores que son de por sí evidentes, pero que resultan visibles únicamente en esa atmósfera». Si no llegamos a comprender esto, que los valores son de por sí evidentes, pero que sólo podemos comprenderlos dentro de la atmósfera del encuentro cristiano, entonces empezamos a dar la matraca a los demás con los valores pensando que así los comprenderán. Y luego nos lamentamos y nos preguntamos por qué no llegan a comprender. ¡Tampoco nosotros lo habríamos comprendido por ese camino! ¡Jesús

no se hizo carne por equivocación! No, se hizo carne porque si no no habríamos podido comprender. Nadie dice que los valores sean falsos, sino que el camino para acogerlos, para comprenderlos, para ver su humanidad, sólo lo hemos encontrado al reconocer a Cristo. Guardini apunta, hablando de la situación que se daba hace algunas décadas (imaginaos si viviese ahora...), que se ha «puesto de manifiesto un vacío que existía ya desde hacía tiempo. [...] El tiempo que viene creará en este punto una claridad terrible, pero saludable. Ningún cristiano puede alegrarse de la llegada de una negación radical del cristianismo [...]. Pero es bueno que se ponga al desnudo esa deslealtad [obrada por la era moderna: querer defender los valores sin Cristo; y ahora ya, ni siquiera los valores, como hemos podido ver]. Porque entonces se verá cuál es efectivamente la realidad: cuando el hombre se separa de la Revelación, entonces cesan sus frutos»⁸⁶. Ahora ya lo estamos tocando con la mano, porque ya han empezado a cesar sus frutos. Lo que nadie podía imaginar —que se llega a negar la vida y las cosas más evidentes— lo tenemos ante nosotros (y para nosotros siguen siendo evidentes por un uso de la razón educado dentro de la Iglesia). Las ambigüedades se acaban y nos llevan a una purificación y a una profundización de la fe. Debemos ser conscientes de esto, porque cada vez más viviremos sin patria, seremos cada vez menos comprendidos. Entonces, ¿cuál es la modalidad para resistir en medio del peligro? Guardini nos indica, como dos condiciones necesarias, «la madurez del juicio y la libertad de la opción». Sin esto, en poco tiempo acabaríamos como todos.

Don Giussani era perfectamente consciente de esta situación al crear el movimiento. Se dio cuenta de que este proceso ya había comenzado en 1954, cuando todo parecía florecer; y creó un ámbito en el que pudiésemos volver a recuperar los valores a través del descubrimiento de la fe. No debemos defender los valores de forma abstracta, debemos hacer el movimiento, como hizo don Giussani con nosotros: a esto se le llama testimonio.

Si no hacemos esto, no somos leales con la modalidad con la que el Misterio nos ha atraído a Sí mismo. Y por eso se crea el dualismo en la cultura, en nuestra expresión cultural. En cambio, don Giussani decía de la cultura que «la línea educativa del movimiento tiende a despertar un acontecimiento de vida». Únicamente podremos comunicar los valores dentro de este acontecimiento de vida. Nadie niega que debemos

⁸⁶ R. Guardini, *La fine dell'epoca moderna*, Morcelliana, Brescia 1993, pp. 98-101.

defender los valores, pero tenemos que comprender que sólo un acontecimiento de vida los suscita en nosotros y en los demás. «Para que la vida se despierte es necesaria la abolición de todo tipo de dualismo. [...] Lo que destruye el dualismo es el juicio de que el amor a Cristo es la razón por la que merece la pena vivir [¿comprendéis? Esta es nuestra verdadera expresión cultural]. Si falta la fe como valor adecuadamente unitario, emergen juicios de valor parciales y produce división [...]. Si se destruye el dualismo entonces se da una presencia cultural real [una diferencia visible y pública]»⁸⁷.

Esta es la cuestión fundamental que tenemos que comprender. Por tanto, como ha dicho el cardenal Angelo Scola en su artículo publicado en *Avvenire*⁸⁸, el camino es proponer el acontecimiento cristiano en toda su integridad e irreductibilidad, llegando a explicitar también sus aspectos, sus implicaciones, sus valores.

Por este motivo nos interesan tanto las elecciones europeas, porque tienen que ver con esto, porque en muchas leyes que se hacen ahora a nivel europeo, el primer blanco es la Iglesia. Así pues, defender en Europa la *libertas Ecclesiae* es la razón de nuestro interés por las elecciones. No porque pensemos que una ley pueda resolver por sí misma el problema humano –hemos partido de leyes justas sobre la familia, la vida y esto no ha detenido la destrucción que contemplamos ante nosotros–; si podemos hacer las leyes, mucho mejor, pero ante todo debemos defender la *libertas Ecclesiae* para poder seguir teniendo una experiencia de vida que nos permita recuperar la evidencia de los valores que ahora se han perdido. Y para eso necesitamos también en Europa testigos que puedan hacer comprender esto. Lo que nos jugamos no es algo secundario. Nos jugamos la posibilidad de vivir, de que la institución no sofoque la experiencia que vivimos. Y debemos defender esta posibilidad a toda costa.

⁸⁷ L. Giussani, «Comunità cristiana e cultura», en *CL-Litterae Communionis*, n. 6, junio 1977, p. 9.

⁸⁸ Cfr. Angelo Scola, «Altro che egemonia mondana. Offerta di una speranza da “investire” quaggiù», en *Avvenire*, 20 de febrero de 2009, p. 2.

SANTA MISA

HOMILÍA DE DON PINO

Durante estos días, en este preciso momento nosotros estamos viviendo la misma experiencia que describe la página del Evangelio de Lucas. ¿Quién nos introduce en la verdad, en la totalidad de la realidad? En este momento, delante de nuestros ojos acontece Su presencia, física, real, carnal, concreta. Lo que hemos escuchado durante estos días le hacía presente a Él.

El Señor no se asusta de nuestra incredulidad, no se retrae ante esa falta de humanidad que nos hace dudar que sea un fantasma a pesar de tenerlo delante de nuestros ojos, no teme nuestra instintividad o nuestro miedo, lo vence con Su ternura.

La fuerza de Cristo presente, presente físicamente hoy, nos hace recorrer todo el camino del conocimiento: «Mirad mis manos, mirad mis pies, mirad los hechos, mirad los signos. Dadme de comer» (Cfr. *Lc 24, 36-42*). En Su presencia toda la historia y las profecías se hacen carne, cuerpo, sustancia, realidad que se puede tocar, ver y seguir.

Sin la gracia de esta historia, sin la diversidad humana que vemos suceder entre nosotros, Cristo sería poco más que un fantasma y la última palabra de la vida sería la incertidumbre hacia la realidad y el miedo hacia el futuro. Todo se juega en tener la sencillez para dejarnos aferrar por la fuerza de Su presencia, de Su irresistible ternura.

Nos ha alcanzado la misma realidad que alcanzó a los once; no “como” sucedió en aquella sala hace dos mil años, sino “lo que” sucedió: el mismo hecho. Y Cristo nos repite lo que les dijo a aquellos once. Aquí se encuentra toda la verdad, todo el sentido y la responsabilidad de nuestra vida: «De esto sois testigos» (*Lc 24,48*).

MENSAJES RECIBIDOS

Con ocasión de Ejercicios espirituales Fraternidad de Comunión y Liberación sobre tema «De la fe nace el método», Sumo Pontífice dirige a los participantes cordial saludo asegurando Su cercanía espiritual, y mientras desea que tan beneficioso encuentro suscite renovada fidelidad a Cristo para siempre, más generosa implicación en la obra evangelizadora, invoca amplia efusión de favores celestiales y de corazón le envía a Usted, a responsables de Fraternidad y a todos los participantes una especial bendición apostólica.

*S.E.R cardenal Tarcisio Bertone,
Secretario de Estado de Su Santidad*

Queridos amigos:

El renovarse de un gesto como los Ejercicios reaviva la intensa comunión que nos une.

La *fe como método* traduce la grandiosa afirmación de Jesús «*Yo soy el camino, la verdad y la vida*». Agustín la reescribe con agudeza diciendo que Jesús es el camino *a la verdad y a la vida*.

La importancia de caminar juntos por este camino (método) nos la enseñó con vigor nuestro querido Don Giussani. Su atención constante al método es sin duda constitutiva del fecundo carisma que el Espíritu le ha donado.

Que la fe se convierta en método de vida es una responsabilidad para cada uno de nosotros y para todas las comunidades de “Comunión y Liberación”.

Os aseguro mi oración para que, también este año, la gracia de la conversión se produzca en vosotros por la potencia del Espíritu. De modo que podáis ser ofrenda viva para todos vuestros hermanos a través de una pertenencia consciente a la Santa Madre Iglesia.

En el Señor, os saludo y bendigo.

*S.E.R cardenal Angelo Scola
Patriarca de Venecia*

Querido don Julián:

Deseo hacer llegar mis más sinceros saludos a todos los amigos de la Fraternidad de Comunión y Liberación reunidos con motivo de los Ejercicios espirituales de Rimini. Estos son días de gracia no sólo para el movimiento, sino para toda la Iglesia y para el mundo entero, como bien sabemos quienes vivimos en la misión de la Iglesia.

En un encuentro de sacerdotes de América Latina, Cleuza nos ha dado las gracias por nuestro sí durante todos estos años porque ha permitido su sí y el encuentro que ha cambiado su vida. Por otra parte, su sí nos está ayudando a vivir con verdad el carisma de Don Giussani y a seguir el camino que tú, Julián, nos indicas ahora.

Deseo que estos Ejercicios sean un momento de crecimiento en el encuentro que da satisfacción a nuestra vida y suscita el deseo de comunicar a todos la belleza de lo que nos ha sucedido.

*S.E.R. monseñor Filippo Santoro
Obispo de Petrópolis, Brasil*

TELEGRAMAS ENVIADOS

*Su Santidad
Benedicto XVI*

Santidad, más de 26.000 inscritos a la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rimini y otro conectados por vía satélite desde 63 naciones del mundo, han vivido los Ejercicios espirituales anuales, que tomaban como título unas palabras de Don Giussani: «De la fe nace el método». Hemos profundizado en la conciencia de que, frente a la situación actual – de crisis a todos los niveles – necesitamos encontrar una diversidad humana, en la que el acontecimiento de Cristo se hace contemporáneo como respuesta al deseo de nuestro corazón, porque ese el método de la fe, como Usted ha subrayado con palabras admirables: «En el misterio de la Encarnación del Verbo, en el hecho de que Dios se ha hecho un hombre como nosotros, se encuentran tanto el contenido como el método del anuncio cristiano».

Con la certeza de que sólo la fidelidad a este método elegido por Dios puede testimoniar delante de todos la novedad cristiana frente a la crisis generada por la fractura entre la razón y la fe, confiamos a la Virgen Sus próximos viajes a los Abruzos y a Medio Oriente, deseosos de colaborar cada vez más activamente en Su pasión por el hombre y por Cristo, quien desafía al mundo como la misericordia que nos salva de nuestro error.

Sac. Julián Carrón.

*S.E.R cardenal Tarcisio Bertone
Secretario de Estado*

Eminencia Reverendísima, más de 26.000 inscritos a la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rimini y otro conectados por vía satélite desde 63 naciones del mundo, han vivido los Ejercicios espirituales anuales, bajo el título: «De la fe nace el método».

El telegrama enviado por el Santo Padre nos reconforta y anima en el deseo de servir a Pedro en el testimonio a nuestros hermanos los hombres de la humanidad nueva que nace de la fe.

María nos indique el camino de Su servicio a la Iglesia como pasión por mostrar el interés de Cristo por la vida concreta de todos los hombres.

Sac. Julián Carrón

S.E.R cardenal Angelo Bagnasco
Presidente CEI

Santidad, más de 26.000 inscritos a la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rimini y otro conectados por vía satélite desde 63 naciones del mundo, han vivido los Ejercicios espirituales anuales, bajo el título: «De la fe nace el método». Más ciertos de que Cristo ha vencido y permanece entre nosotros, ofrecen sus energías para que la Iglesia viva en Italia como humanidad nueva que cumpla las exigencias constitutivas del corazón

La Virgen sostenga Su sacrificio por la vida del pueblo cristiano en nuestro país.

Sac. Julián Carrón

S.E.R monseñor Josef Clemens
Secretario Pontificio del Cosilium pro laicis

Santidad, más de 26.000 inscritos a la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rimini y otro conectados por vía satélite desde 63 naciones del mundo, han vivido los Ejercicios espirituales anuales, bajo el título: «De la fe nace el método». El magisterio de Benedicto XVI ha sido referencia continua de las meditaciones, quien sigue testimoniando que en Cristo el contenido y el método del anuncio cristiano coinciden.

Como *christisfidelis laici*, seguimos al Santo Padre, quien nos envía a mostrar a todo el mundo el alcance de la fe en la vida de los bautizados.

Sac. Julián Carrón

S.E.R monseñor Angelo Scola
Patriarca de Venecia

Queridísima Eminencia, la carta que nos ha enviado nos hace más conscientes de que nuestra fragilidad ha encontrado misericordia en la

mirada del Padre, de la que participamos cada vez más a través del carisma, para que las exigencias constitutivas de nuestro corazón encuentren respuesta y siguiéndola todos puedan ver, y nosotros en primer lugar, el alcance cognoscitivo de la fe, sobre todo en un momento en el que la realidad desafía cada vez más la esperanza de los hombres.

María le conceda lo que Su corazón desea.

Sac. Julián Carrón

S.E.R monseñor Filippo Santoro

Obispo de Petrópolis, Brasil

Queridísima Excelencia, también nosotros queremos seguir lo que el Señor está haciendo suceder ante nuestros ojos con Cleuza y Marcos, desafiados por su testimonio a conocer con su misma fe. Pidamos recíprocamente para permanecer fieles al método que el Señor ha elegido para nosotros haciéndonos encontrar a don Giussani.

Sac. Julián Carrón

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA

A cargo de Sandro Chierici

(Guía para la lectura de las imágenes tomadas de la Historia del arte que acompañan la audición de las piezas de música clásica a la entrada y la salida)

Partiendo de la Creación, el recorrido presenta en la primera parte algunas figuras que en el Antiguo testamento viven la fe como obediencia a los signos que Dios muestra: Noé, Abrahán, Isaac y Jacob hasta José.

Con la encarnación de Cristo, la fe se convierte en testimonio de una experiencia concreta, de un encuentro, de liberación del mal, de perdón, de misericordia, de victoria sobre la muerte, de gloria. Esta experiencia genera una experiencia de afecto del hombre hacia Cristo a la que Cristo corresponde con un afecto todavía mayor. Pablo es el hombre nuevo aferrado por Cristo y hecho una criatura nueva, que en el abrazo con Pedro da forma plena a la Iglesia y hace posible que cada uno de nosotros pueda encontrarse hoy con Cristo.

Todas las imágenes están tomadas de los mosaicos de la basílica de Montreal, en Sicilia.

- 01 – Creación del cielo y de la tierra
- 02 – Creación de la luz y de las tinieblas
- 03 – Creación de las aguas
- 04 – Creación de la tierra desde las aguas
- 05 – Creación de los astros
- 06 – Creación de los animales
- 07 – Creación de Adán
- 08 – Adán es conducido al Edén
- 09 – Creación de Eva
- 10 – Eva es presentada a Adán
- 11 – Dios encarga a Noé la construcción del Arca
- 12 – Construcción del Arca
- 13 – Entrada de los animales en el Arca
- 14 – El Diluvio universal
- 15 – Salida de los animales del Arca

- 16 – Alianza de Dios con Noé
- 17 – Visita de los tres ángeles a Abrahán
- 18 – Hospitalidad de Abrahán
- 19 – Dios ordena a Abrahán que sacrifique a Isaac
- 20 – El sacrificio de Isaac
- 21 – Encuentro de Isaac y Rebeca en el pozo
- 22 – Viaje de Isaac y Rebeca
- 23 – Isaac bendice a Jacob
- 24 – El sueño de Jacob
- 25 – La lucha de Jacob con el Ángel
- 26 – La Anunciación
- 27 – La Visitación
- 28 – La Natividad
- 29 – La Adoración de los Magos
- 30 – El sueño de José
- 31 – La huída a Egipto
- 32 – Presentación en el templo
- 33 – Jesús con los doctores
- 34 – Bautismo de Jesús
- 35 – Curación del leproso
- 36 – Curación de la mano paralizada
- 37 – Curación de la hemorroísa
- 38 – Curación de la suegra de Pedro
- 39 – Curación de la mujer encorvada
- 40 – Curación del hidrópico
- 41 – Curación de los diez leprosos
- 42 – Curación de los dos ciegos
- 43 – Curación del paralítico
- 44 – Curación de los tullidos y los ciegos
- 45 – Curación de un paralítico
- 46 – Cristo y la Samaritana
- 47 – La multiplicación de los panes y los peces
- 48 – Resurrección del hijo de la viuda de Naín
- 49 – Resurrección de la hija de Jairo
- 50 – Resurrección de Lázaro
- 51 – Transfiguración
- 52 – La Magdalena lava los pies a Cristo
- 53 – La última cena
- 54 – Jesús delante de Pilato
- 55 – La Crucifixión

- 56 – El descenso a los infiernos
- 57 – Las mujeres en el sepulcro
- 58 – *Noli me tangere*
- 59 – El encuentro con los discípulos de Emaús
- 60 – La cena de Emaús
- 61 – “¿No ardía nuestro corazón?”
- 62 – La incredulidad de Tomás
- 63 – Pentecostés
- 64 – Conversión de Pablo
- 65 – Bautismo de Pablo
- 66 – Pablo huye de Damasco
- 67 – Entrega de las cartas a Timoteo y Tito
- 68 – Encuentro entre Pablo y Pedro

Índice

MENSAJE DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI 3

Viernes 24 de abril, noche

INTRODUCCIÓN 4

SANTA MISA — *HOMILÍA DE DON MICHELE BERCHI* 12

Sábado 25 de abril, mañana

PRIMERA MEDITACIÓN - «*Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo consagrado por Dios*» (Jn 6,69) 13

SANTA MISA — *HOMILÍA DE S.E.R. CARDENAL STANISŁAW RYLKO* 30

Sábado 25 de abril, tarde

SEGUNDA MEDITACIÓN — *La contemporaneidad de Cristo* 36

Domingo 26 de abril, mañana

ASAMBLEA 51

SANTA MISA — *HOMILÍA DE DON PINO* 69

MENSAJES RECIBIDOS 70

TELEGRAMAS ENVIADOS 72

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA 75

